héroes del ESPACIO

NOVELAS

INVESTIGACION 4.000

CLARK CARRADOS



SOLO PARA ADULTOS

De pronto, Jon captó una nota de terror en la voz de la muchacha. Volvió los ojos y entonces fue cuando divisó al salvaje tras los arbustos.

Inmediatamente, se puso en pie. De nuevo pensó en su carencia de armas, pero no valía la pena lamentarse, porque ningún viajero del tiempo las llevaba; era algo absolutamente prohibido. El nativo, estaba claro, se disponía a atacar.

Los ramajes crujieron y el salvaje salió al descubierto. De pronto, arrojó la lanza contra Jon, pensando, acertadamente, que era el único enemigo que se interponía ante su presa. Jon hizo un hábil quiebro y la lanza se clavó en el suelo, a unos pasos detrás de él.

Pero el salvaje disponía de más armas y, lanzando un aullido aterrador, cargó con toda su potencia, blandiendo una maza de guerra.



Clark Carrados

Investigación 4.000

Bolsilibros: Héroes del Espacio - 01

ePub r1.0
xico_weno 14.02.16

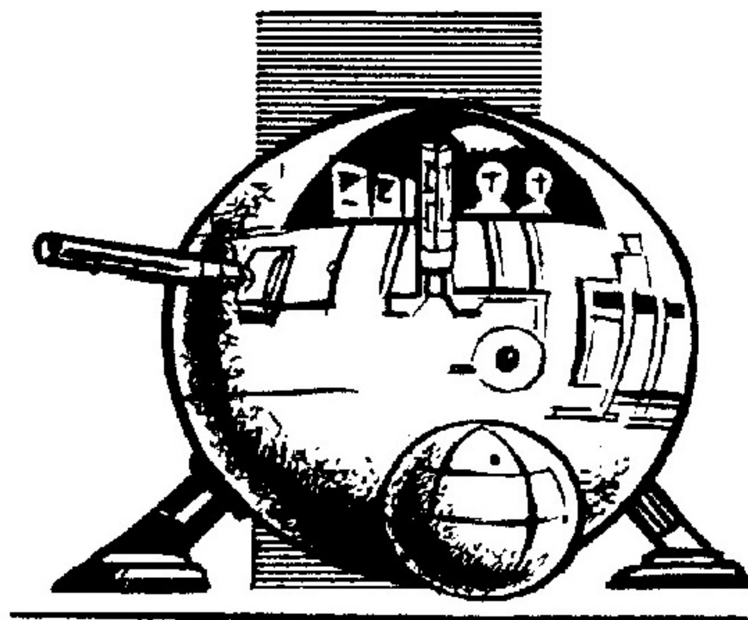
Título original: *Investigación 4.000*
Clark Carrados, 1980

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





héroes del ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

Estaba caída al borde del camino, entre los matojos que lo flanqueaban, encogida sobre sí misma, los puños cerrados y pegados a la cara y los párpados fuertemente apretados, como si tuviera horror al más mínimo resquicio de luz. De cuando en cuando, se agitaba ligeramente, sacudida por espasmos que resultaban completamente independientes de su voluntad.

Así la encontraron el señor y la señora Olson, cuando, en su carreta tirada por dos robustos percherones, regresaban desde la ciudad a su granja. Japhet Olson detuvo la marcha de los caballos inmediatamente y señaló con la mano a la mujer caída.

—¡Mira, Martha! —exclamó.

—¡Dios mío! —dijo la señora Olson—. ¿De dónde ha salido esa pobre mujer?

Los dos esposos se apearon en el acto y corrieron hacia donde ella yacía, sin variar de postura. Martha le separó un poco las manos y pudo apreciar su rostro gracioso, pero contraído en aquellos momentos por unos sentimientos que no podía adivinar.

—Es una muchacha, Japhet —dijo.

De pronto, reparó en la indumentaria de la desconocida y se escandalizó.

—¡Japhet, trae una manta de inmediato! ¡Hay cosas que un hombre no puede ver!

La desconocida vestía una especie de chaquetilla corta, debajo de la cual había una blusa sin mangas, y falda que llegaba a la mitad de los muslos, calzándose con unas botas de media caña, de color rojo vivo, que se ceñían ajustadamente a la pierna. El pelo era muy claro, pajizo, aunque no se le podía ver el color de los ojos, dado que seguía teniéndolos obstinadamente cerrados.

—A esta pobre chica le ha sucedido algo —dijo Martha Olson, cuando su marido llegó con la manta—. No la conocemos, no

sabemos quién es ni de dónde viene…

—Pero tampoco, me imagino, podemos dejarla abandonada, en el estado en que se encuentra.

—Oh, no, en absoluto —contestó la señora Olson, que era muy enérgica y decidida—. Cuando lleguemos a casa, trataremos de que se recobre. Si no fuese así, irías a llamar al doctor Penobscue y que él nos aconseje. Mañana, por supuesto, irás al *sheriff* Fowley y denunciarás el caso. Fowley se encargará de ponerse en contacto con otros *sheriffs* y ver de conseguir que alguno identifique a esta pobre chica.

Martha meneó la cabeza.

—No se le ven señales de golpes, pero apostaría algo bueno a que huyó de su casa, harta de malos tratos —añadió—. Anda, Japhet, llévala ya a la carreta.

Olson era todavía hombre robusto, capaz de cargarse a la espalda sacos de cien kilos, sin notar apenas el esfuerzo, cuanto más aquella encantadora muchacha que debía de pesar poco más de la mitad. Mientras caminaba hacia la carreta con ella en brazos, su esposa, detrás de él, dijo:

—Pero yo tengo la impresión de que esta pobre chica se recuperará muy pronto. En cuanto pueda comer caliente y tenga una cama bajo techado, se pondrá buena en dos días. Me gustaría que se quedase con nosotros; así como así, ya empiezo a necesitar una ayudante para las faenas caseras; a veces, hago corto y…

La carreta arrancó segundos después. Ninguno de los dos esposos Olson reparó en el extraño artefacto que quedaba a un lado del camino, oculto bajo los frondosos ramajes de un espeso matorral.

* * *

Llegó junto a la roca que terminaba el promontorio, situada a unos diez metros de altura sobre el ancho remanso del río, y se despojó de su indumentaria, quedándose desnudo, a excepción de un breve taparrabos. Sentóse allí, cruzó las piernas, apoyó las manos en las rodillas y cerró los ojos.

Al cabo de un buen rato, Jon Ferr sintió la ardiente caricia del sol en su cabeza y en sus hombros. Pero durante unos minutos, permaneció en el mismo lugar, descansando la mente, mientras se

entregaba a realizar rítmicos ejercicios respiratorios, que pronto cubrieron de sudor su musculoso torso.

Finalmente, se puso en pie de un salto.

Extendió los brazos en cruz. Estuvo así durante un segundo y luego se lanzó de cabeza, hendiendo el aire como una flecha. Apenas si saltó agua, después de su entrada fulgurante en ella. El espejo que era el remanso estalló en múltiples gotas irisadas.

Ferr emergió a poco. En aquel lugar, el remanso era grande, casi parecía un diminuto lago, entre árboles de todas clases y bordeado por fresca y jugosa hierba. Ferr nadó un buen rato, antes de darse cuenta de que había otra persona compartiendo el placer de la natación.

Era una mujer, de cabellos dorados, un tanto oscuros, y más joven que él. La desconocida le sonrió.

—¿Molesto?

—Oh, no, en absoluto.

—Soy Ebbenia —se presentó ella—. ¿Debo indicar, también, mi número de serie?

—Me llamo Jon y no quiero decir nada más —contestó él.

—Creo que es suficiente —sonrió Ebbenia—. Jon, ¿sueles venir mucho por aquí?

El brazo masculino señaló el promontorio rocoso que se adentraba en el laguito.

—Es mi lugar de meditación —contestó—. Vengo siempre, haga el tiempo que haga, para mi meditación semanal, pero, naturalmente, prefiero un tiempo como éste. Sol, cielo limpio, calor, campos verdes…

—Nunca había estado yo en este lugar —confesó Ebbenia—. Hice una exploración, porque ya me cansaba de mi lugar de retiro semanal, y me gustó. Tendré que volver en más ocasiones, si no te molesta, claro.

—Oh, no, en absoluto. No tengo derechos de propiedad sobre este paraje.

Ebbenia empezó a nadar hacia la orilla. Jon la siguió. Cuando ella salió fuera del agua, la vio completamente desnuda, incomparablemente hermosa, con un atractivo que era imposible ignorar.

El sol, casi de repente, pareció perder un poco de su brillo y su

disco blanco-amarillento se tornó de un color próximo al rojo. Pero fue algo que duró solamente unos minutos.

La temperatura no descendió; el fenómeno había durado poco tiempo para alterar radicalmente las condiciones ambientales. Jon elevó la vista a lo alto durante un segundo y meneó la cabeza.

—No cesa, no cesa —murmuró.

—Los científicos no saben aún cuándo acabarán estos extraños cambios de color en el sol —dijo Ebbenia.

—Y, sin embargo, podrían saberlo, ¿no crees?

—Sí, es cierto. Pero si lo saben, se lo callan.

Ebbenia agitó la cabeza y sacudió los cabellos. Jon se acercó a ella y le puso las manos en la cintura.

—¿Quieres…?

Ella había dejado de sonreír repentinamente.

—Sí —contestó—. Pero no servirá de nada, Jon.

—Al menos, debemos intentarlo, Ebbenia.

—Es cierto.

Jon la abrazó. Ella correspondió cálidamente. Jon sintió contra su pecho el cálido contacto de los senos redondos y firmes de la joven. Con la mano derecha, soltó el nudo de la cinta que sostenía su taparrabos.

Ebbenia se dejó caer sobre la hierba. Jon se acostó a su lado y acarició con una mano su terso vientre. Luego buscó su boca y ella devolvió el beso con suave apasionamiento, recibiendo al hombre en sus entrañas con la esperanza de que el encuentro pudiese dar fruto algún día.

Se amaron mucho aquel día. Más tarde, se separaron.

—Volveré aquí la semana próxima —dijo Ebbenia.

—Yo también vendré —aseguró Jon.

Ella se marchó a los pocos momentos. Jon buscó el sendero que conducía a lo alto del promontorio, y una vez arriba, empezó a vestirse. De pronto, oyó un leve silbido, con vagas resonancias musicales.

Jon levantó el brazo izquierdo y presionó un diminuto botón en el ancho reloj de pulsera que tenía sobre la muñeca. Instantáneamente, y en la diminuta pantalla del reloj, dos por tres centímetros, apareció un rostro conocido, cuya vista le causó una inmensa sorpresa.

—¡Señor! —exclamó con infinito respeto.

—Jon Ferr, le ruego acuda inmediatamente a mi residencia -dijo Hoot Zithus, Primer Coordinador.

—Sí, señor, iré inmediatamente. Es para mí un gran honor acudir a la llamada de su excelencia…

—Gracias, Ferr. Por cierto, he hablado de venir a verme, pero no le he indicado las coordenadas, ya que se trata de mi residencia privada.

—Oh, comprendo. Señor, si me permite… Antes debo ponerme el «translator»… He estado en mi retiro semanal y aproveché para darme un baño en el río…

—Comprendo. Esperaré, Ferr.

Jon empezó a vestirse apresuradamente, poniéndose los pantalones y las botas con gran rapidez. Luego se puso la camisa y, a continuación, una especie de tirantes muy anchos, unos doce centímetros, unidos a un cinturón de casi quince, cuya hebilla era una caja rectangular de dieciséis centímetros de largo, por doce de ancho y uno y medio de grueso. Casi más parecía un chaleco y era de un tejido muy grueso, plateado exteriormente.

Sobre aquella especie de chaleco se puso una prenda holgada, con amplias mangas, parecida a un abrigo corto, pero de tejido muy fino y de color azul claro. Al terminar, levantó la muñeca izquierda y dijo:

—Estoy listo, excelencia.

—Muy bien. Sitúe su aparato de control de traslación de modo que pueda captar directamente las cifras de situación de mi residencia.

—Sí, señor.

Zithus pronunció una docena de cifras, junto con tres o cuatro letras.

—Ya está, Ferr.

—Sí, señor.

Jon tocó sucesivamente tres teclas redondas en la hebilla de su cinturón. Apenas hubo presionado la última tecla, desapareció del promontorio.

Y, una décima de segundo después, se encontraba en el agradable jardín de la residencia privada de Hoot Zithus, Primer Coordinador y Rector Sublime de todos los habitantes del planeta

Tierra.

CAPÍTULO II

—Ferr, ¿sabe usted que ayer, por primera vez en doscientos treinta y cinco años, se ha cometido un homicidio en nuestro planeta?

Estaban paseando por el jardín, junto al estanque en cuyo centro un surtidor lanzaba al aire murmurantes chorros de líquido cristalino. A la derecha, había una pérgola semicircular, en torno a cuyos postes se enroscaban las plantas trepadoras, que proporcionaban una grata sombra al ambiente. Al otro lado, se movían tenuemente las ramas frondosas de un espeso grupo de álamos, el árbol favorito del Coordinador. Más allá, discretamente apartada de los dos hombres, la esposa de Zithus se afanaba en el cuidado de sus rosales.

Jon oyó aquellas palabras y se estremeció de pies a cabeza.

—¿Un crimen, señor? —preguntó.

—Sí. Doble crimen, podría definirse —contestó Zithus—. Erguth Molydor fue muerto ayer bárbaramente. Le destrozaron el cráneo con una barra de hierro. El asesino ha desaparecido y usted debe buscarlo.

—Señor —dijo Jon, asombrado—, hay oficiales infinitamente más competentes que yo…

—La computadora le ha elegido a usted. No puede rechazar la misión.

—En tal caso, acepto, excelencia. Pero necesitaré datos…

Jon se pasó una mano por la frente.

—Parece increíble… En casi dos siglos y medio, un asesinato… ¿Por qué, señor?

—Es un asunto bastante complicado y tiene mucho que ver con la desaparición de Thavia Lond, la operadora de turno en la sala de cronomóviles.

—¿Acaso es cómplice esa mujer?

—No. La computadora ha contestado negativamente. Pero sí fue

testigo del hecho y por eso es primordial encontrarla a ella, antes, incluso, que al asesino. Naturalmente —siguió—, las primeras investigaciones nos han proporcionado unos datos muy interesantes, uno de ellos, sobre todo, es de vital importancia. Thavia era una mujer receptiva. ¿Sabe lo que quiere decir esa frase?

—Sí, excelencia. Thavia podía tener hijos.

—Exactamente. —Zithus frunció el ceño—. Los científicos aseguran que la esterilidad actual de las mujeres se debe a las oscilaciones lumínicas del sol, debidas, como es sabido, a la inmensa nube estelar que estamos atravesando desde hace años y cuyo final es ignorado todavía. Por lo visto, Thavia es de las escasas mujeres, aunque mejor sería decir la única, capaz de concebir en las actuales circunstancias. Es preciso que la encontremos y así sabremos, no solamente quién mató a Erguth Molydor, sino los motivos de su acción, que todavía aparecen bastante oscuros, pese a las consultas hechas a la computadora.

»Parece ser que el asesino quiso manipular en el control de cronomóviles, aún no conocemos sus móviles, y Molydor quiso oponerse, por lo que fue muerto salvajemente a golpes de barra de hierro. Thavia estaba presente y, suponemos, el pánico la aterrorizó de tal modo, que no pudo realizar el menor movimiento defensivo, ni siquiera para correr en busca de auxilio. Entonces, el asesino, aprovechándose de su estado de “shock”, la envió fuera de nuestra época. Su misión, por tanto, consistirá en encontrar a Thavia.

—Haré lo que pueda, señor, aunque estimo que será muy difícil. Si la envió a otra época distinta, ¿cómo sabremos con exactitud la fecha a la cual fue desplazada?

—Por fortuna, conservamos los registros de estela temporal —dijo Zithus—. Pero usted sabe de sobra que Thavia habrá llegado a una época determinada y que cuando usted llegue, ella se habrá desplazado ya del punto de llegada. Estamos en el año cuatro mil veintidós. Thavia fue al año mil ochocientos setenta y nueve, la diferencia es de dos mil cuarenta y tres años.

—Exacto, señor. ¿A qué hora se produjo el desplazamiento?

—Los registros indican las dieciséis y quince minutos. Pero usted sabe de sobra que durante un viaje a través del tiempo se produce lo que los científicos llaman distorsión temporal. Usted graduará su cronomóvil para las dieciséis horas y quince minutos del día

veintidós de junio de mil novecientos setenta y nueve, y en un minuto de tiempo, estará en esa fecha. Pero durante esos sesenta segundos de su tiempo, habrán transcurrido ya algunos años más en el tiempo del siglo XIX. Por tanto, en lugar de llegar en el día y la hora mencionados, llegará unos años más tarde.

—Entonces, habrá que ajustar el cronomóvil, de acuerdo con el factor de distorsión, para llegar al mismo tiempo que Thavia.

—Aun así, es una operación difícil. Nunca resulta con exactitud. Estamos en el siglo cuarenta y uno, ciertamente, pero nuestros cronomóviles no son tan exactos como desearíamos. Seguramente, tendrá que hacer varios viajes, adelante y atrás, hasta llegar a la época deseada.

—Lo haré, señor —contestó Jon.

—Posiblemente, tendrá que mezclarse con las gentes de dos mil años antes. Tenga mucho cuidado y no intervenga en sus actos, más que lo estrictamente necesario.

—Evitaré producir un cronoclismo, señor.

Zithus hizo un gesto con la cabeza.

—Verá, Ferr, la palabra cronoclismo, que significa alteración violenta del curso temporal de los acontecimientos, no debe ser tomada al pie de la letra. Hay muchos que piensan, por ejemplo, que si muere una persona hace dos mil años, se producirán una serie de acontecimientos distintos a los que hubieran sucedido, de seguir viva esa persona. Pero ello no altera sustancialmente la marcha de la humanidad.

»Es lo mismo que cuando uno se enfrenta con una cordillera, dispuesto a atravesarla. Posiblemente, puede elegir varias rutas distintas, en cada una de las cuales se producirán diferentes sucesos, dependiendo en todo caso de los accidentes naturales de la ruta elegida. Pero inevitablemente, llegará al otro lado de la cordillera, que es lo que siempre había deseado. ¿Lo entiende ahora, Ferr?

—Sí, excelencia —sonrió Jon. Luego agregó—: De modo que Thavia es fértil.

—En efecto, lo es, pero estábamos discutiendo apenas el caso, porque era preciso elegir la pareja adecuada para que pudiera tener hijos, cuando se produjo el asesinato de Molydor. Y su desaparición, claro.

Jon recordó los momentos de pasión con Ebbenia. Ella también

lo había deseado, ansiosa de concebir un hijo.

—¿Señor? —dijo.

—Hable sin temor, Ferr —indicó el Coordinador amablemente —. Estoy dispuesto a contestar a todas sus preguntas y a disipar sus dudas, en la medida de lo posible.

—Es… Se trata de la esterilidad de las mujeres… Se dice que es provocada por las alteraciones luminosas del sol, ¿no es así?

—Es la opinión de nuestros científicos. Como recordará, el sistema solar se adentró en esa nube cósmica, hace casi un cuarto de siglo. Un año más tarde, cesaron todos los nacimientos.

»A1 principio, se creyó que era algo accidental una cosa que duraría muy poco. Pero cuando empezaron a pasar los años y se vio que no se producían nacimientos en absoluto, los científicos, y también el gobierno, claro, empezaron a alarmarse y a buscar la solución para un suceso terrible que amenaza con despoblar la Tierra en menos de un siglo.

»Esa nube cósmica —siguió Zithus—, es inmensa en sus dimensiones y, además, parece que gira con nosotros, como si se hubiera adherido al sistema solar y no pudiera desprenderse para seguir su viaje por el universo. Según parece, la nube origina ciertas extrañas radiaciones del sol, las cuales originan anticuerpos en el organismo femenino, que son los que destruyen los espermatozoos, antes incluso de que lleguen al óvulo, impidiendo así la fecundación. La nube gira y se desplaza con nosotros, y algún día salaremos de ella, pero se presume que tardará aún muchos años en despegarse por completo del sistema solar. ¿Estaremos vivos para entonces? Ésa es la gran incógnita que debemos despejar a toda costa.

—Bueno, podría hacerse un viaje al futuro y así sabríamos con exactitud la fecha en que nos veremos libres de la nube —alejó Jon.

—Se ha hecho el viaje y los resultados no pueden ser más desalentadores. Antes de cien años, no estaremos fuera de la nube. Ciertamente, muchos viviremos todavía; el promedio de edad de las personas es de ciento setenta años. Las mujeres también, como es lógico, pero si hemos podido alargar su edad, a la par que los hombres, no ha sido posible, en cambio, prolongar su época fértil. A los cincuenta años, inevitablemente, una mujer ya no puede concebir, aunque viva otros cien más. Supongo que entiende lo que

esto significa.

—Sí, señor. Sin nacimientos, la población terrestre se extinguirá antes de ciento cincuenta años.

—Pero había una excepción a la regla: Thavia. A esa joven no la habían afectado las radiaciones esterilizadoras. Y queríamos estudiar su comportamiento, para obtener las deducciones consiguientes. El asesino, sin embargo, nos lo ha impedido.

—Haré lo posible por encontrar a Thavia, señor —aseguró Jon.

La mano del Coordinador se apoyó en su hombro.

—Consígalo y habrá evitado la extinción de la especie humana —dijo.

* * *

Llegó a su casa y se despojó de la mayoría de la indumentaria, quedando solamente con los pantalones puestos. Incluso se descalzó, para estar más cómodo.

Luego fue a la dispensadora de comida y marcó el menú: ENSALADA, POLLO FRIO, CERVEZA, DOS TOSTADAS, JUGO DE NARANJA Y CAFÉ. A continuación fue al baño y se lavó simplemente las manos.

Cuando regresó, la bandeja de la comida estaba ya fuera de la máquina. Sentóse a la mesa y empezó a comer con magnífico apetito. Mientras, hacía trabajar su mente a toda presión. Iba a ser una misión nada fácil. Debía viajar a fines del siglo XIX y, para ello, debería estudiar a fondo, no sólo las costumbres, sino el lenguaje que se hablaba en aquella época.

Lo haría por hipnopedia, durante el sueño, decidió. Conectaría el aparato a los archivos de la Biblioteca Central y ello le quitaría todas las demás preocupaciones en este aspecto.

Al terminar de cenar, llevó la bandeja y los platos al triturador de desperdicios. Entonces, llamaron a la puerta.

Abrió. Una encantadora muchacha, de unos veintidós años, apareció al momento antes sus ojos.

—¿Qué tal? —saludó la chica—. Soy Unity Dybac. Usted es Jon Ferr, capitán de la Policía Temporal. O Tempol, según dicen algunos mal hablados.

—En efecto, soy todo eso que has dicho —sonrió John—. ¿Quieres pasar, Unity?

—Gracias.

—Puedo ofrecerte naranjada, café…

—Naranjada, gracias.

Jon fue a la máquina e hizo el pedido correspondiente. Luego entregó un vaso a la muchacha.

—¿Y bien, Unity?

—Estoy a tu disposición —dijo ella.

—No entiendo.

—Bueno, tú eres el jefe y mandas, y yo obedezco, eso es todo. Perdona el lenguaje, Jon, pero hace algunos meses, realicé un viaje a la segunda mitad del siglo XX y se me pegaron algunos modismos.

—Has estado en el siglo XX —dijo él, asombrado.

—Claro. Soy sargento del Cuerpo de Testigos Jurados. Tu jefe me ha asignado la misión de acompañarte y redactar los informes sobre tus actuaciones. Por eso he venido a verte y a ponerme a tus órdenes.

—Mi jefe es…

—El general Dobb Hoster. Le conoces, supongo —sonrió Unity.

—Claro. Pero nadie me había dicho… Yo suponía que era una misión muy especial…

—Los reglamentos son bien claros al respecto: ningún oficial de la Tempol puede desplazarse a otra época, sin llevar al lado a un Testigo Jurado.

Unity llevaba un bolso, pendiente de su hombro por una correa. Después de abrirlo, sacó un papel y lo puso en manos del joven.

—Mi nombramiento para la misión —indicó.

Jon comprobó que todo estaba correcto y devolvió a la joven el documento.

—Déjame tus coordenadas —pidió—. Te avisaré cuando esté dispuesto a emprender la marcha.

—Muy bien.

Unity sacó una tarjeta y la dejó encima de la mesa.

—Va a ser una misión fascinante —exclamó—. Encontrar a la única mujer que, hoy día, es capaz de tener un hijo. ¡Fantástico, capitán!

—Sargento —dijo Jon muy serio—, ten presente una cosa. Éste no es un asunto de bromas. Si estás enterado de lo que sucede, debes saber que se ha producido el primer asesinato en doscientos

treinta y cuatro años.

—Lo sé, capitán.

—En tal caso, deberías tener presente también algo elemental: quien ha matado una vez, puede volver a matar.

Unity se estremeció.

—Sería horrible…

—Procuraremos evitarlo —dijo Jon.

—Muy bien, entonces, no me queda más que esperar tu llamada —contestó la joven, disponiéndose a abandonar la casa.

—Aguarda, por favor —pidió Jon.

Unity le miró inquisitivamente.

—¿Sí?

—Perdona la pregunta, pero ¿tienes alguna opinión formada sobre la identidad del asesino de Molydor?

—La respuesta es difícil, capitán. Para mí, hay cinco sospechosos. El Primer Inspector de cronomóviles, su ayudante principal y tres operadores. Si quieres que te diga los nombres.

Jon hizo un gesto con la mano.

—No hace falta —contestó—. Ya los tengo. Pero ¿por qué sospechas de esas personas?

—Ninguna de ellas está ahora en nuestro tiempo. Todas se han marchado a distintas épocas, en diferentes misiones de estudio. Cuatro, al pasado; la quinta, al futuro. Las que fueron al pasado, han ido para investigar determinados hechos históricos y corregir los errores que se hayan podido producir en los libros que tratan de los mismos.

—Y el quinto, ¿por qué ha ido al futuro?

—Investigaciones sobre la nube esterilizadora. La partida de esas cinco personas se produjo en el intervalo escaso de media hora y no más tarde de quince minutos después del asesinato.

—Es decir, pudieron ver el cadáver…

—Quizá, pero, en tal caso, no dijeron nada, porque ya tenían programado su viaje temporal y no podían retrasarlo ni suspenderlo. Eran viajes concertados de antemano, no es como el que nosotros vamos a realizar, en misión especial y con permiso para partir en cualquier momento.

—Entiendo —sonrió Jon—. Bien, te llamaré, Unity.

—Gracias. Soy tu subordinada —se despidió la muchacha.

Jon se quedó solo, muy pensativo. Cinco sospechosos del primer crimen en casi dos siglos y medio. ¿Por qué, alguien, había roto el cráneo de Molydor con una barra de hierro? ¿Qué le había impulsado al asesino a quebrantar una norma de no violencia, que se suponía absolutamente invulnerable?

La visita de Unity le hizo variar radicalmente unos planes que había trazado de antemano, aunque no por ello desistió de estudiar las costumbres y el lenguaje de finales del siglo XIX, cosa que realizó durante un par de sesiones nocturnas. Al tercer día, marcó en su videófono de pulsera las coordenadas de Unity y esperó hasta que el rostro de la muchacha apareció en la diminuta pantalla.

—Unity, te espero en la sala de cronomóviles dentro de veinte minutos —dijo.

—Muy bien, allí me tendrás en seguida —contestó la joven.

CAPÍTULO III

Cuando Unity llegó, Jon tenía en las manos unas cuantas tarjetas de forma rectangular. Al fondo de la enorme sala, un operador atendía el cuadro de mandos, desde el cual se recibían todas las informaciones de los distintos viajeros del tiempo. Al ver a la muchacha, Jon le enseñó la primera de las tarjetas:

—Erghos Lassel —dijo—. Ha viajado al año tres mil cuatrocientos antes de nuestra era. Objetivo, estudiar el imperio sumerio. Fue el primero en partir, después de cometido el crimen. Aquí tengo las coordenadas y demás datos de su viaje.

—Perfectamente, iremos a ver a Lassel —contestó Unity.

Un hombre avanzó hacia ellos.

—Soy Urban, operador jefe de primera clase. Tengo dispuestos vuestros cronomóviles —informó.

—Gracias. Urban, ¿hay alguna novedad respecto de los cinco nombres que le di antes?

—No, capitán, todo sigue igual por el momento.

—Perfectamente. ¿Vamos, Unity?

Los tres echaron a andar, hacia una sala contigua, en donde se guardaban los cronomóviles. Rodd Urban marchaba en cabeza.

—Todavía me siento impresionado —manifestó por encima del hombro—. He recurrido al psiquiatra automático, pero ha resultado inútil. Voy a tener que visitar a un psiquiatra humano. Quizá de este modo pueda mejorar mi salud mental.

—¿Qué te sucede, Urban? —preguntó Jon.

—Fui el primero en encontrar el cadáver del pobre Molydor. Sufrí un choque terrible. Era la primera vez que veía a una persona muerta violentamente y me impresionó muchísimo.

—Es lógico.

—Pobre Molydor… Era tan amable, tan simpático… Amigo de todos, ansioso de ayudar…

Urban se volvió de pronto hacia el joven.

—Capitán, dime, si capturan al asesino, ¿qué pena le impondrán?

Jon hizo un gesto de duda.

—No puedo darte una respuesta concreta —dijo—. Ciertamente, hay castigos para el que mata a una persona, dependiendo, naturalmente, de las circunstancias. Pero en este caso, el hecho se agrava, dado que Molydor estaba en su puesto, cumpliendo con su deber y, según parece, no provocó a su agresor. Es posible que reactiven viejas leyes, no derogadas, pero sí en desuso.

—Entonces, podrían condenarle a la pena de muerte —exclamó Urban.

—No, eso no, pero sí podrían enviarle, escoltado debidamente, claro, a varios miles de años en el futuro. Sus acompañantes traerían de vuelta el cronomóvil del culpable y éste sería abandonado en una época absolutamente distinta de la actual y hasta es muy posible que quedase en algún lugar solitario. En fin, no sé; esto no depende de mí, como puedes comprender.

—Sí, entiendo. Gracias, capitán. Ven, te ayudaré a ponerte el cronomóvil.

La máquina del tiempo que iba a usar Jon era muy parecida al «translator» individual que utilizaba normalmente. Los tirantes y el cinturón eran algo más anchos y el color del recubrimiento exterior era dorado. La hebilla, en apariencia, tenía pocas diferencias, una de las cuales consistía en una cajita de control, unida a la hebilla por un cable de enrollado automático.

En la caja de control había varias diminutas ventanillas, cada una de las cuales permitía ver los distintos componentes de una fecha: año, mes y día. Ruedecillas graduadas hacían aparecer en las ventanillas las cifras deseadas. Una vez marcada la fecha deseada, bastaba apretar el botón de arranque, para que el viajero del tiempo se trasladase a aquella techa de forma instantánea.

Después de ponerse el cronomóvil, Jon se colocó encima una chaqueta de tela liviana y amplias mangas, que una vez cerrada por delante, ocultaba por completo el aparato. Sólo la caja de control salía al exterior, pero se podía guardar sin dificultad en una cartuchera situada en el cinturón y contigua a la hebilla.

Urban ayudó a la muchacha a equiparse. Luego, Jon y Unity

marcaron las fechas respectivas: 27 de junio de 3000 A. C.

Una vez señalada la fecha y comprobada debidamente por Urban, Jon puso su mano izquierda sobre el hombro de la muchacha. Ella hizo lo mismo. Cada uno de los dos apretaba en la mano derecha la caja de control.

—¿Lista? —dijo él.

—Sí —respondió Unity.

—Contaré hasta tres, ¿entendido?

Ella asintió. Urban sonrió.

—Buen viaje.

Jon dijo:

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

Apretó el botón y la sala de cronomóviles desapareció ele su vista.

* * *

La luz matizada de la sala de cronomóviles se convirtió en un estallido lumínico, en un resplandor intolerable, que les forzó a cerrar los ojos durante algunos segundos. Pasado este pequeño lapso de tiempo, Jon se arriesgó a mirar a su alrededor.

El paisaje en que se encontraban era llano, árido, calcinado por los rayos del sol que brillaban implacablemente en un cielo sin una sola nube. Sólo, muy a lo lejos, en el horizonte, se divisaba una tenue mancha de verdor, que indicaba la proximidad de alguna corriente de agua.

—¿Esto es Sumeria, tres mil cuatrocientos años antes de Cristo? —dijo Unity.

—Quizá no hemos acertado con el blanco —sonrió él—. Puede que Sumeria esté allí, en aquellos busques del horizonte.

—Hay unos cuantos kilómetros —suspiró la muchacha.

—Hace muchísimo tiempo, alguien dijo que una marcha de mil kilómetros se emprende siempre dando el primer paso.

Jon unió la acción a la palabra y echó a andar. Unity se emparejó con él inmediatamente.

—Jon, ¿qué te ha hecho variar de opinión? —preguntó Unity a los pocos momentos—. ¿Por qué no vamos primero a buscar a Thavia Lond?

—Verás. Yo sospecho que el asesino, que la envió al pasado,

como sabes, se quedó con su cronomóvil. Ella, por tanto, no puede abandonar el siglo XIX.

—Sí, parece lógico —convino ella—. ¿Y…?

—Prefiero interrogar primero sucesivamente a los cinco sospechosos. Llevo grabadora de imagen y sonido y, después de interrogar a los sospechosos, revisaré Las grabaciones, estudiaré sus respuestas y sus reacciones tanto físicas como psíquicas y, espero, habré llegado a una conclusión.

—Y entonces, irás a buscar a Thavia.

—Exactamente.

—Diríase que la dejas deliberadamente en el siglo XIX para evitar que pueda ser asesinada también.

—Sí, en efecto.

—Eso puede suceder de todos modos…

—No lo creo. Si el asesino es uno de los cinco sospechosos como todo parece indicarlo, ahora está replicando un viaje por el tiempo, perfectamente programado y del cual no se puede desviar un solo segundo, ni tampoco un milímetro. Abandonar su época actual, cualquiera que sea, le comprometería gravemente y él lo sabe. Por tanto, dejará a Thavia en paz.

—Pobre muchacha. Si no estudió previamente el siglo XIX, lo pasará muy mal —se compadeció Unity.

—Espero que sepa desenvolverse lo suficiente para sobrevivir en esa época sin demasiados problemas —deseó Jon.

* * *

El perro ladró con fuerza. Atraída por sus ladridos, Martha Olson salió a la puerta de su casa y vio a un hombre, vestido de una forma algo estrafalaria, que avanzaba hacia ella con paso mesurado.

—Hola —saludó el hombre—. Me llamo Ray Hartman. Usted es la señora Olson, supongo.

—Sí, y mi nombre es Martha —contestó la mujer—. ¿Qué desea, señor Hartman?

—Verá, señora; hace algún tiempo, mi… mi esposa y yo nos separamos… Ella se llama Thavia, es muy rubia, joven, bastante bonita…

—No sabía que Thavia estuviera casada —dijo Martha, extrañada.

—Ah, la ha visto

—Sí, en efecto, señor Hartman. Pero ella no mencionó jamás a su esposo.

Hartman sonrió.

—Probablemente, no quería decir a nadie que nos habíamos separado de un modo temporal. Se sentiría avergonzada…

—Es que tampoco llevaba anillo de casada.

—Lo perdería, tal vez.

—No había señales de anillo en su dedo, señor Hartman —contestó Martha que era muy observadora—. Oiga, ¿qué le hizo usted a esa pobre chica?

—¿Yo? No entiendo, señora…

—Mi esposo y yo la encontramos en un estado realmente lamentable. Nos costó casi semanas enteras conseguir que pronunciase la primera palabra. Estaba aterrorizada; cuando dormía, deliraba y hablaba de un horrible crimen…

—Bueno, su padre fue asesinado hace muchos años, y ella lo vio. Es una escena que no se ha podido borrar de su mente, compréndalo, señora Olson.

—Es posible —dijo Martha, que no confiaba demasiado en Hartman—. Pero Thavia ya no está aquí.

Hartman respingó.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. Permaneció con nosotros casi un año. Luego, un día, inesperadamente, se marchó, sin avisarnos, dejándonos tan sólo una nota de despedida.

—¿Dijo adónde se iba?

Martha negó con la cabeza.

—No. Y si lo supiese, no se lo diría tampoco —contestó francamente.

—Diríase que le resulto antipático —exclamó Hartman con cierta sequedad.

—Digamos que no me resulta demasiado simpático. De todas formas, no le puedo decir el paradero de Thavia. Simplemente, no lo sé.

Hartman rozó con dos dedos el ala del sombrero que llevaba puesto.

—Mil gracias, señora —se despidió.

El perro, atado a su caseta, volvió a ladrar cuando Hartman se alejaba Al mismo tiempo, el señor Olson entraba en la granja por el extremo opuesto.

—Martha, ¿qué ha sucedido aquí? —preguntó.

—Un tipo ha venido preguntando por Thavia. Dijo ser su esposo, pero mentía. No me ha gustado nada, ni a «Dick» tampoco. Míralo, aún está ladrando.

Olson desmontó y se acercó al perro, para acariciarlo un poco. Luego se volvió a su mujer.

—¿Dónde está el forastero? —preguntó.

Martha tendió el brazo hacia el camino que llevaba a la ciudad.

—Acaba de marcharse —contestó.

Olson extendió el brazo izquierdo.

—Dame el revólver —nidio—. Voy a hablar con ese tipo y no quiero correr riesgos.

—Ten cuidado, Japhet —aconsejó Martha al entregarle el cinturón canana, con el arma en la funda.

—No pases pena, cariño.

Olson echó a andar inmediatamente con paso firme. Media hora más tarde, descubrió al forastero en el lugar donde habían hallado a Thavia un año antes.

—¡Eh, usted! —gritó.

Hartman se volvió en el acto. Olson vio en su mano derecha un tubo brillante y, sin pensárselo dos veces, sacó su revólver y disparó.

El forastero se tambaleó visiblemente.

—¡Deje caer el arma! —gritó Olson.

De repente, Hartman desapareció de su vista.

Olson parpadeó, atónito. Corrió hacia el lugar en que había estado Hartman y tanteó el aire con la mano izquierda.

—No es posible —dijo.

Miró al suelo. Aún se veían en el polvo las huellas de Hartman. Pero el individuo se había esfumado, como si jamás hubiera existido.

Olson dudó unos momentos. Luego emprendió el regreso a su casa. No, no le diría nada a Martha. Ella no le creería y, a fin de cuentas, Hartman se había perdido de vista y eso era lo interesante.

* * *

Erghos Lassel agarró el asa del ánfora y llenó las tres copas de oro, con incrustaciones de piedras preciosas. Luego entregó una a cada uno de sus huéspedes.

—Estoy asombrado —confesó Jon—. Has sabido acomodarte perfectamente a esta época.

—Y soy consejero del rey Hannón IV —sonrió Lassel, lujosamente ataviado con una holapanda de lana blanquísima, con orlas bordadas en púrpura y oro—. Naturalmente, procuro no interferir en el tiempo actual de Sumeria, aunque sí procuro que se hagan algunas cosas sin que ello altere el curso de los acontecimientos. Hannón IV no figura en ningún tratado de historia y las tablillas de arcilla en que los escribas relatan los menores sucesos de su reinado se convertirán un día en polvo del desierto. Pero, al menos, nosotros, los habitantes del siglo cuarenta, sabremos lo que pasó en esta época.

—Eso sí es cierto —convino Jon.

Hallábanse en una amplia terraza, desde la que se dominaba un extenso panorama. A lo lejos, se veían millares de esclavos, acarreando piedras para elevar más todavía la muralla que defendía la ciudad, todos ellos guiados por decenas de eficientes capataces y custodiados por cientos de soldados armados con lanzas, arcos y flechas.

En la plaza, las bailarinas atraían la atención del público. Más allá, se veía el gran templo de Astarté, la diosa de la fecundidad, en cuyo atrio se hallaban las jóvenes que ejercían la prostitución sagrada. En un recinto de forma rectangular, jóvenes nobles se adiestraban en el manejo de las armas y de los carros de combate.

Aquella civilización, pensó Jon, había desaparecido, sepultada por las arenas del desierto. Ya no era más que polvo… y, sin embargo, ellos vivían parte de la época.

El vino era fuerte, dulcificado con un poco de miel. Tomó un par de sorbos y se reclinó en el lujoso diván que formaba parte del mobiliario.

—Erghos, supongo que ya sabes a qué hemos venido la sargento Dybac y yo —dijo al cabo.

Lassel asintió.

—Estoy dispuesto a declarar —manifestó.

Unity levantó su mano.

—Soy testigo jurado —dijo—. Grabaré tu declaración en video, con el sonido correspondiente. Debo decirte que se espera de ti declares la verdad de cuanto viste en la sala de cronomóviles.

—Lo sé —contestó Lassel serenamente.

CAPÍTULO IV

La declaración de Lassel duró cosa de veinte minutos. Al terminar Unity desconectó la minúscula grabadora de video y sonido que formaba parte de su somero equipaje.

—Erghos —dijo Jon—, ahora desearía hacerte algunas preguntas *off the record*, esto es, en privado, sin que lo que digas pueda ser utilizado en absoluto.

—Entre amigos, vamos —sonrió Lassel.

—Justamente.

—Muy bien, empieza.

—Dime, cuando encontraste el cadáver de Molydor, ¿cuál fue tu reacción?

—Sufrí un choque tremendo. Empecé a temblar de pies a cabeza. Creí que iba a desmayarme; nunca había visto una cosa tan horrible…

—Ésas fueron tus reacciones físicas. ¿Y las mentales?

—¿Qué quieres decir, capitán?

—¿En qué pensaste al ver a Molydor muerto?

—Un accidente, claro. Estaba al lado de una consola de control, de bordes rectos, no redondeados. Pensé que se habría caído, abriéndose la cabeza…

—Y luego calculaste la posibilidad de un crimen.

—Sí, pero se me antojó tan monstruoso, que lo deseché de inmediato.

—Molydor estaba solo en el cuarto.

—En efecto.

—Al llegar allí, ¿viste a alguien entrar o salir rápidamente?

—No, ya no habla nadie. Pero Urban llegó un minuto después y lo vio también. Dijo que ya se ocuparía de todo, que no me preocupase de nada y que debía cumplir con mi obligación antes que nada. Así que fuimos a la sala de equipos, me puse el

cronomóvil y emprendí el viaje a esta época.

—¿Recuerdas la hora en que encontraste el cadáver de Molydor?

—Sí. Eran las diecisiete y veinte minutos, aproximadamente. Quizá un minuto más o menos…

—Gracias, Erghos.

Jon se puso en pie.

—Hemos de volvernos —dijo.

Lassel sonrió.

—Pero no solos —exclamó—. Dispondré una guardia de honor, que os acompañe al punto de llegada.

—Nos verán desaparecer —objetó la muchacha.

—No, porque os dejarán allí, estando advertidos de que vais a ofrecer una semana de soledad en honor de la diosa Astarté.

Lassel batió palmas. Una puerta se abrió y un hombre, con barba rizada, vestido con una túnica corta, de color dorado, apareció inmediatamente en el umbral.

—¿Señor?

—Shakvos, dispón una litera doble y una escolta de cincuenta soldados para que acompañen a mis amigos al lugar que ellos indicarán —ordenó Lassel.

Shakvos cruzó las dos manos sobre el pecho y se inclinó respetuosamente.

—Soy tu obediente servidor, señor.

Un cuarto de hora más tarde, Jon y Unity se encontraban en una litera de madera ricamente trabajada y cubierta de finísimas planchas de oro puro. Los cortinajes que les protegían del sol y del polvo eran del color de la púrpura, y la litera era soportada por una veintena de esclavos, desnudos de la cintura para arriba y con un simple paño a la cabeza, para evadir los rigores del sol.

Un capitán de la guardia real mandaba la pequeña fuerza. A una orden suya, los esclavos alzaron la litera y se pusieron en marcha.

—Esto me parece un sueño —dijo Unity, blandamente recostada en los almohadones—. Estoy viviendo una aventura fantástica…

Jon rió suavemente.

—Es una realidad tangible —aseguró—. De todos modos, siempre recordaremos estas horas pasadas en una época que ya se ha convertido en polvo.

—Sí, lo recordaré siempre. Jon, dime, ¿qué piensas de Lassel?

¿Culpable o inocente?

—Por el momento, sospechoso, simplemente.

—Eso es evadir la respuesta…

—Sólo soy un oficial de la Tempol, en busca de pruebas, no un juez —se defendió él—. ¿O vas a ser capaz de acusarle sin esas pruebas?

—No, pero, por lo menos, puedo dar mi opinión, creo.

—Desde luego. ¿Cuál es esa opinión?

—Inocente.

—¿Te basas en el instinto femenino para exculpar a Lassel?

—Me baso en su declaración. Ha titubeado en algunas ocasiones, en dos veces ha dado respuesta diferentes para una misma cuestión…

—¿Y bien?

—Pues es muy sencillo: si fuese culpable, se habría aprendido la lección de memoria y no habría fallado una sola respuesta.

Jon volvió a reír.

—Eso que has dicho sólo se puede considerar como una apreciación estrictamente personal —declaró—. Habrá que aguardar a tener las otras cuatro declaraciones, para constatarlas y decidir el más sospechoso de todos que, lógicamente, será el culpable. Por cierto, ¿quién es el número dos de nuestra lista?

—Recco Warna, siglo XIII, primera etapa de la construcción de la catedral de Colonia.

—Muy bien, iremos a Colonia y al siglo XIII —decretó Jon.

Tres horas más tarde, la comitiva se detuvo y Jon y su ayudante abandonaron la litera. Los soldados y los esclavos se tomaron una hora de reposo, después de lo cual emprendieron el viaje de regreso.

Jon dejó pasar treinta minutos, hasta que vio a la comitiva desaparecer al otro lado de unas lomas arenosas. Entonces, tomó la caja de control del cronomóvil y dijo:

—Voy a marcar el día 29 de octubre de mil doscientos sesenta y siete. La construcción de la catedral ya ha empezado y es más fácil que encontremos a Warna en las inmediaciones del lugar donde se realizan los trabajos.

—Muy bien —aprobó Unity.

Después del ritual acostumbrado, pusieron en funcionamiento

los cronomóviles. El desierto de Mesopotamia desapareció de su vista y fue sustituido por una selva de lujuriante verdor, por cuyo centro corría un río de caudalosa corriente.

* * *

Jon se quedó atónito. Aquel paisaje no se parecía en nada al que cabía esperar rodease a la ciudad de Colonia en el siglo XIII. Ciertamente, Alemania había sido siempre país de bosques, pero en el que estaban viendo no se advertían pinos, abetos, robles y hayas, especies típicas del país al que habían deseado ir. La temperatura, por otra parte, les avisó que estaban en una selva tropical.

—Jon, ¿adónde hemos ido a parar? —exclamó la muchacha, completamente desconcertada.

Jon estudió el marcador de situación temporal y halló que la fecha había sido detallada correctamente. Pero eso no era suficiente.

—Lo mejor será que haga la comprobación del generador —dijo.

—Cuidado, es una operación muy peligrosa —exclamó Unity, muy impresionada—. Te faltan los elementos de corrección necesarios y los aparatos de prueba, para verificar los trabajos El menor error podría dejarte aquí para siempre…

—¿De veras? —Sonrió él—. Tú siempre podrías regresar a nuestra época y venir a buscarme, creo. ¿O no?

—Si te lo tomas así…

—Es la única forma —contestó él.

Con gesto rápido, bajó el cierre de la chaqueta y se dispuso a quitársela. De pronto, observó una expresión muy rara en el rostro de Unity.

Ella tenía la vista fija en un punto situado a sus espaldas. Parecía como si quisiera hablar, pero no salía ningún sonido de su boca. Había levantado la mano derecha y le temblaba convulsivamente.

Jon giró en redondo. Entonces comprendió los motivos de la actitud de Unity. Inmediatamente, sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

Había, a diez pasos de distancia, un enorme felino que les contemplaba con aire nada amable. Jon lo reconoció en seguida, era un jaguar, pero de un tamaño realmente asombroso.

El jaguar se disponía a lanzarse al ataque. Tenía la boca abierta

y enseñaba irnos colmillos de aspecto pavoroso, a la vez que movía lentamente la cola.

—Y no tenemos ningún arma a mano —murmuró el joven.

Era fuerte, hacía ejercicio en una sociedad donde las incomodidades de todo género habían sido absolutamente desterradas, pero, aun así, no se podía comparar en fuerzas ni en armas naturales con aquel felino. De todos modos, lucharía, se dijo.

De pronto, vio algo que le hizo concebir esperanzas. Una cosa verde y amarilla se movía silenciosamente en la rama de un árbol, deslizándose hacia el suelo, justo encima del jaguar. Unity vio también los movimientos de la boa constrictor y contuvo la respiración.

De pronto, el enorme reptil se dejó caer sobre el jaguar, cuyas patas se doblaron bajo el peso de aquella serpiente que no medía menos de doce metros de largo. En fracciones de segundo, la boa se enroscó en torno al jaguar, cuyos rugidos atronaban el ambiente, e inició su labor de trituración de huesos, para poder ingerir la presa con facilidad.

Los dos animales se debatieron ferozmente durante unos minutos. Pero, de repente, los rugidos del jaguar se acallaron y sus frenéticos movimientos cesaron casi de golpe. Unity, todavía muy asustada, tiró de la manga de la chaqueta de su compañero.

—Vámonos, vámonos…

—No podemos marcharnos de aquí —contradijo él—. Pase lo que pase, debemos quedamos, para poder regresar sin dificultad a nuestra época. Y no siempre vamos a ser atacados por fieras; esto ha sido una simple coincidencia solamente.

Unity buscó un pañuelo en su chaqueta y se lo pasó por el cuello.

—Puede que tengas razón —admitió—. ¡Uf, qué calor! —se quejó.

La boa se desenroscaba lentamente. Jon se preguntó cómo se las arreglaría para deglutir el cuerpo de su presa. Lo conseguiría, sin duda.

—Jon, ¿por qué son tan grandes esos animales? —quiso saber ella.

—Tal vez nos encontramos en una época en que las fieras habían alcanzado un desarrollo óptimo, simplemente, porque no se había

presentado todavía el peor de sus enemigos: el hombre. En pleno siglo XX, es muy posible que esa boa no hubiera llegado siquiera a los ocho metros y ésta que tenemos a la vista alcanza los doce holgadamente. Pero como pronto se va a dedicar a su deporte favorito, que es comer, nosotros nos vamos a dedicar también a ver la forma de salir de aquí.

Después de acallados los rugidos del felino, se volvían a oír de nuevo los ruidos propios de la selva virgen; sonidos de pájaros y chasqueantes parloteos de monos. Por prudencia, sin embargo, Jon y Unity retrocedieron unos cuantos metros, situándose a orilla del río, que corría manso, anchuroso, con una distancia de más de cien metros entre las orillas riberas.

Había allí un trozo relativamente despejado y Jon se quitó la chaqueta, disponiéndose a hacer lo mismo con el cronomóvil. Acto seguido, se puso de rodillas, sentándose sobre los talones, y se aprestó a iniciar las operaciones de revisión.

—Jon —dijo ella de pronto.

—¿Sí?

—Tengo mucho calor. ¿Te importa que me dé un baño?

—Oh, en absoluto. A menos que te importe a ti desnudarte en público.

—Si no miras… mucho…

Jon contuvo una sonrisa. Sin saber por qué, pensó en la dulce y cariñosa Ebbenia. Un pequeño ramalazo de fuego pasó por su cuerpo, pero logró contener sus deseos y procuró concentrarse en la tarea que iba a realizar.

Unity se desnudó rápidamente. Estaba a punto de lanzarse de cabeza al agua, cuando, de pronto, vio algo que la hizo retroceder, presa de un pánico absoluto.

CAPÍTULO V

Había un rostro, de piel muy oscura, pintarrajeado con rayas de colores evidentemente artificiales, que la miraba desde cinco o seis pasos de distancia, semioculto entre unos arbustos, por encima de los cuales asomaba la afilada punta de una lanza. Era, indudablemente, un salvaje y sonreía de un modo espantoso, como si se relamiese por anticipado con la apetitosa presa que significaba aquella mujer de piel mucho más clara y completamente desnuda, que se ofrecía sin rebozo a sus miradas.

—Jon —murmuró ella con voz muy débil—. Jon…

El joven levantó la cabeza y sonrió.

—Tienes una figura muy atractiva —comentó. Y agrego—: Pensé que no querías que te viese desnuda,

—No… no es eso, Jon…

De pronto, Jon captó una nota de terror en la voz de la muchacha. Volvió los ojos y entonces fue cuando divisó al salvaje tras los arbustos.

Inmediatamente, se puso en pie. De nuevo pensó en su carencia de armas, pero no valía la pena lamentarse, porque ningún viajero del tiempo las llevaba; era algo absolutamente prohibido. El nativo, estaba claro, se disponía a atacar.

Los ramajes crujieron y el salvaje salió al descubierto. De pronto, arrojó la lanza contra Jon, pensando, acertadamente, que era el único enemigo que se interponía ante su presa. Jon hizo un hábil quiebro y la lanza se clavó en el suelo, a unos pasos detrás de él.

Pero el salvaje disponía de más armas y, lanzando un aullido aterrador, cargó con toda su potencia, blandiendo una maza de guerra. Jon se agachó velozmente e hizo lo único que le era posible en aquellos momentos: lanzarle su chaqueta a la cara.

El indígena, momentáneamente cegado, perdió la iniciativa. Jon agarró su brazo derecho con ambas manos y lo sacudió ferozmente,

hasta conseguir que la maza cayera al suelo. Luego golpeó duramente su estómago.

Se oyó un gruñido de dolor. Durante unos momentos, los dos hombres pelearon ferozmente, en una lucha despiadada cuerpo a cuerpo, cuyo vencedor aparecía incierto a los aterrorizados ojos de Unity. Insensiblemente, sin que lo advirtieran en el ardor de la pelea, los dos hombres se acercaron a la orilla del río.

Súbitamente, Jon consiguió deshacerse del abrazo de su enemigo. Sin perder un segundo, disparó su puño derecho con todas sus fuerzas.

El golpe alcanzó al salvaje en el pecho, haciéndole saltar fuera de la tierra firme. En aquel punto, el suelo estaba a unos dos metros del nivel de las aguas.

El nativo se sumergió con gran chapoteo de espumas. Jon movió una mano.

—¡Unity, la lanza! —pidió.

Ella echó a correr y desclavó el arma. De repente, se oyó un alarido terrorífico.

Jon y Unity lanzaron una mirada al río que hervía de un modo indescriptible en torno al indígena. Las espumas se tornaron rojas casi en el acto.

Cientos de peces se arremolinaban ferozmente en torno al cuerpo del desdichado salvaje. Unity, horrorizada, vio dos o tres de aquellos feroces animales, de un largo apenas superior a un palmo, colgados de la cara del salvaje. En los brazos, que agitaba enloquecidamente, también había peces que mordían con inenarrable ferocidad.

—Pirañas —dijo Jon.

Unity sintió un terrible escalofrío. De pronto, todo se hizo negro para ella.

Unos segundos más tarde, cesaron los movimientos de la víctima, cuyos huesos ya se veían blanquear en algunos sitios. A los pocos minutos, todo lo que quedaba de aquel desdichado era su esqueleto, completamente mondo.

—Y te ibas a bañar, ¿eh? —dijo Jon.

Unity no contestó. Jon volvió la cabeza y la divisó tendida sobre la hierba.

Sonriendo comprensivamente, se acercó a la muchacha y

procuró reanimarla. Unity abrió los ojos a los pocos instantes.

—Jon, creo que me he desmayado…

—¿Te encuentras mejor?

—Sí… Pensé que iba a bañarme cuando apareció el salvaje… Ahora yo podría estar muerta…

—Por fortuna, estás agradablemente viva —sonrió él—. Vístete; yo voy a empezar mi trabajo.

—Ahora mismo —contestó Unity, avergonzada de su debilidad —. No te soy de mucha ayuda, ¿verdad?

Jon contempló durante tonos instantes el hermoso cuerpo de la muchacha.

—Al menos, has hecho que el viaje no carezca de atractivos —contestó maliciosamente.

* * *

Sacó de su bolsa un pequeño anteojo, situado sobre una caja del tamaño de un paquete de cigarrillos, y lo sujetó por un aro elástico que se acomodaba a la redondez de su cráneo, de modo que quedase delante del ojo derecho. Luego, con unas pinzas, examinó uno de los componentes de cronomóvil, que había extraído de la hebilla.

—Creo que ya he encontrado la avería —dijo.

—¿Sí? —exclamó ella esperanzadamente.

—Hay una ligera alteración en las grabaciones temporales de este cartucho —indicó Jon—. Nada difícil de arreglar, con un par de pinzas. Bastará correr una décima de vuelta a dos de las ruedas contadoras de tiempo y el cronomóvil funcionará de nuevo con toda perfección.

—En el mío, supongo, habrá la misma avería.

—Lo examinaré después —contestó el joven.

Y siguió su trabajo. Cuando terminó, se dispuso a revisar el cronomóvil de su acompañante.

—Jon, hay algo que me extraña —dijo la muchacha.

—¿De qué se trata?

—Estábamos en Mesopotamia. Hemos venido a parar a una selva sudamericana. ¿Cómo es eso posible, si no teníamos que habernos movido del sitio?

—La respuesta estriba en la avería del cronomóvil, de los dos,

mejor dicho. Nuestro tiempo de viaje fue solamente de un segundo, en nuestro espacio, el que ocupábamos cuando los cronomóviles estaban en funcionamiento. Pero era un tiempo distinto y, en realidad, ese viaje duró más de doce horas. La Tierra sigue girando sobre su eje y no se detiene porque dos personas viajen a través del tiempo.

—La explicación es lógica, pero el viaje de vuelta tendrá la complicación de que volveremos a estar aquí, aunque en nuestra época.

—No. He invertido los mandos y todo sucederá lo mismo, pero al revés. Por tanto, apareceremos en el punto de partida. Si hay algún error de días o de horas, podremos corregirlo allí, sin dificultades, porque dispondremos de todos los elementos necesarios. Más la ayuda de los expertos, ¿comprendes?

Unity hizo un gesto de asentimiento.

—Si eso me hubiera pasado a mí, estando sola, no habría sabido volver al siglo cuarenta y uno —dijo.

—Por fortuna, no estás sola —sonrió el joven.

Fijó la vista en Unity y la vio enrojecer. De pronto, dejó el cronomóvil a un lado y avanzó hacia ella.

—Jon, ¿qué te propones? —preguntó Unity, temblando de pies a cabeza.

Jon puso las manos sobre sus hombros y la atrajo suavemente hacia sí.

—Eres una chica muy atractiva —murmuró.

Unity vaciló un instante. Luego cerró los ojos.

—Supongo que no… no me queda otro remedio…

—Si no lo sientes de veras, no cedas.

—Todavía no estoy segura de mí misma…

De repente, ella le abrazó desesperadamente.

—Sí, sí quiero —exclamó con impetuoso acento—. Lo quiero, por dos razones. Primera, me gustas mucho, empiezo a tomarte cariño y…

—¿Y…?

Unity le guiñó un ojo.

—Habrás de perdonarme y esperar a que terminemos la misión. Entonces conocerás la segunda de mis razones. ¿Podrás esperar hasta entonces?

Jon la hizo tenderse sobre la hierba.

—Cuando conviene, sé esperar todo el tiempo que sea necesario —contestó, a la vez que la abrazaba con todas sus fuerzas.

* * *

—¿Dos cronomóviles averiados? —exclamó Rodd Urban—. Me parece increíble…

Fatigado, con las ropas sucias y un aspecto nada agradable, Jon extendió las manos.

—Tengo al lado al sargento Dybac —contestó—. Es Testigo Jurado y ha grabado puntualmente todos los acontecimientos de que hemos sido protagonistas.

—Por supuesto —dijo Urban—. Lo de increíble sólo era una frase hecha, capitán. Déjelo en mis manos; yo me ocuparé personalmente de revisar los cronomóviles. Y, cuando haya terminado, los enviaré al Centro Superior de Control, para mayor seguridad. ¿Le parece bien?

—Me parece estupendo —contestó. Se volvió hacia la muchacha —. Tú irás ahora a tu casa, supongo.

—Necesito descansar —respondió ella—. Luego habré de revisar la grabación y añadir mis comentarios y sugerencias personales. Es lo reglamentario, compréndelo.

—Bien, entonces, nos veremos mañana —sonrió el joven.

Unos minutos más tarde, y por mediación de su «translator» instantáneo, se encontraba en su casa.

Lo primero que hizo fue meterse en el baño. Después de una hora de relajante contacto con el agua, se secó y encomendó un sustancioso almuerzo, que devoró en contados minutos. Cuando estaba terminando, oyó un tañido musical, de suaves tonalidades.

Acercándose a la pared, movió la mano izquierda en sentido circular. Un trozo del muro, de metro y medio de ancho por uno de alto, se iluminó instantáneamente.

—¿Cómo está, capitán?

Jon hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Perfectamente, excelencia —respondió.

—Me avisaron del centro de viajes temporales de su regreso. No pude dominar mi curiosidad por más tiempo —sonrió el Primer Coordinador.

—Lamentablemente, señor, no tengo demasiadas cosas que contarle. Pero puedo anticiparle algo de lo que hemos hecho…

—Hable, por favor.

Jon hizo un rápido relato de lo que les había sucedido durante el viaje.

—Todavía nos quedan cuatro sospechosos más, excelencia. Pienso que debo interrogarles antes de emprender la búsqueda de Thavia Lond —añadió.

—¿Cree usted que el criminal se encuentra entre uno de esos sospechosos?

—Con moderado optimismo, sí, señor. Pero he estimado conveniente tomarles declaración a todos y luego constatar esas declaraciones. Pienso que así podré llegar a saber quién es el asesino

—Muy bien, capitán; el caso es suyo y dispone de entera libertad para resolverlo. ¿Qué tal lo pasó durante su forzosa excursión a la selva amazónica?

Jon pensó durante unos instantes en la salvaje pelea entre la boa y el jaguar, en el salvaje devorado por las pirañas… y en los momentos de pasión vividos con Unity. Sonrió ligeramente y contestó:

—Hubo de todo, señor.

* * *

Despertó por la mañana, presa de una agradable languidez, sintiéndose completamente descansado y en perfecta forma física. Al cabo de unos momentos, fue al baño y, tras el aseo, desayunó con magnífico apetito. Al terminar, se acercó a la pared y, en el cuadro correspondiente, marcó una serie de cifras y letras.

La pantalla se encendió instantáneamente. Unity, envuelto el cuerpo en una toalla, le miró sonriendo desde unos cuantos kilómetros de distancia.

—Hola, encanto. ¿Has dormido bien?

—Como un tronco. ¿Tienes algo que hacer?

—Ya terminé ayer mi trabajo y lo envié al Centro correspondiente. Estoy a tus órdenes, capitán mío.

Jon rió alegremente.

—Entonces, te doy la orden de viajar al Promontorio del Espejo.

¿Conoces ese lugar?

—No. ¿Es bonito?

—Anota las coordenadas, para que las marques en tu «translator». Verás cómo te gusta ese sitio.

—Muy bien, cuando quieras.

Momentos después, se cortaba la comunicación. Jon se dispuso a terminar de vestirse. Luego fue en busca de su «translator».

El aparato estaba sobre el respaldo de una silla. Jon alargó la mano para cogerlo, pero no llegó siquiera a rozarlo con la yema de los dedos.

Durante unos segundos, contempló el «translator» fijamente, como hipnotizado por aquel artefacto que le permitía trasladarse a cualquier punto de la Tierra en cuestión de segundos. Incluso se retiró unos pasos para poder verlo con más comodidad.

De pronto, supo qué era lo que había llamado su atención. Lo recordaba muy bien.

Al llegar a su casa, el «translator», como de costumbre, y dada su forma, en cierto modo parecida a un chaleco, había quedado sobre el respaldo de la silla. Pero él lo había dejado de modo que la parte delantera mirase hacia el asiento.

Y ahora, el delantero del aparato estaba encarado hacia el muro.

La respuesta a aquel cambio de posición sólo podía ser una: alguien había entrado durante la noche en su casa y manipulado en el «translator».

¿Qué clase de manipulación había realizado el intruso?, se preguntó.

CAPÍTULO VI

Le costó un buen rato, pero al fin lo consiguió. Con unos almohadones, una sábana, una manta y unos cuantos palos rectos, más unos metros de hilo fuerte, construyó un maniquí cuya forma era vagamente humana, aunque su volumen aproximado era el de una persona. Al terminar, le puso el «translator» al muñeco y lo llevó seguidamente junto a la ventana, dejándolo sentado en el antepecho.

Su apartamento daba a una anchurosa avenida, bordeada de enormes tilos, a cuyo final se divisaba una fuente monumental, con numerosos surtidores. La distancia era de quinientos metros escasos. Dada la hora, la avenida aparecía escasamente transitada. En el césped que rodeaba la fuente no se divisaba ninguna persona en aquellos momentos.

Jon marcó las coordenadas correspondientes a un punto situado a veinte pasos del borde de la fuente. Luego pulsó el botón de arranque.

El maniquí desapareció de su vista. Repentinamente, a cien pasos de distancia, se produjo un vivísimo relámpago, seguido de un chasquido de tonos muy secos y estridentes.

El estallido sucedió a unos cincuenta metros sobre el suelo. Decenas de pares de ojos se elevaron a lo alto, para tratar de ver lo que había ocurrido.

Pero lo único que se veía ya eran infinidad de fragmentos que caían al suelo, en lenta lluvia. Los minúsculos trozos de los tejidos se mezclaban con los restos del «translator», de tamaño casi igual que la uña de un dedo.

Jon se retiró de la ventana, no quería que pudieran relacionarle con la explosión.

* * *

La muchacha estaba sentada sobre el césped, algo echada hacia atrás, apoyada en las manos, con los ojos cerrados, disfrutando de la caricia del sol y de la suave brisa, que envolvían su piel sin velos. Los cabellos, sueltos, pendían libremente sobre sus espaldas.

De pronto, una figura humana apareció a su lado.

Unity volvió la cabeza y sonrió.

—Empezaba a pensar que no vendrías nunca, Jon —dijo.

—A punto ha estado de suceder eso que acabas de decir, cariño —contestó él.

—No entiendo…

Jon se quitó la chaqueta y el «translator». Desnudó su torso y se sentó junto a la muchacha, que estaba también desnuda.

—Alguien manipuló mi «translator» —dijo—. Alteró los mecanismos de traslación, situándolos en aceleración absoluta, cosa que, como sabes, sólo se puede hacer cuando se está en el espacio y a una distancia mínima de la Tierra de seis millones de kilómetros. Como también sabes, la aceleración absoluta se realiza para evitar los efectos de una estancia demasiado prolongada en el vacío sideral.

—Sí, lo sé.

—En puridad, yo no debía haberme fijado en ese detalle, puesto que no sentía necesidad de moverme en el espacio. El que lo hizo, supuso que yo me pondría el «translator» sin más. Y entonces, moriría al moverme a velocidades apenas inferiores a las de la luz. Ten en cuenta que, por ejemplo, para viajar de Polo a Polo, empleamos con el «translator» en funcionamiento superficial, poco más de cinco segundos, es decir, nos desplazamos a ciento cuarenta y cuatro mil kilómetros por hora. Cuando el «translator» funciona en el espacio, la velocidad que se alcanza supera holgadamente los MIL MILLONES DE KILÓMETROS POR HORA. La diferencia, como puedes apreciar, es considerable.

—Y tanto —sonrió Unity—. Bien, ¿qué más pasó, Jon?

—Sencillamente, el maniquí que había preparado, se convirtió poco menos que en humo a cien metros de mi casa.

—Eso es lo que pudo haberte pasado a ti, si no hubieras advertido la manipulación… ¿Cómo?

Jon le explicó el error cometido por el intruso, al poner el «translator» sobre la silla, después de haber manipulado en el

aparato. Y añadió:

—Es una pequeña rutina adquirida desde hace mucho tiempo. Inmediatamente, noté que algo no marchaba bien y en seguida supe lo que sucedía. Por tanto, decidí hacer la prueba y salió bien. Es decir, comprobé la manipulación.

—Podías haberlo advertido observando el control de mando, ¿no?

Jon hizo un gesto negativo.

—Soy un experto en cronomóviles, dado mi cargo, pero apenas entiendo el funcionamiento de los «translatores».

—Ahora has usado uno para venir a verme —le recordó ella.

—Tuve que pedírselo directamente al Primer Coordinador. Como comprenderás, debe saber puntualmente todo lo que sucede —contestó el joven.

Unity se quedó pensativa durante unos minutos. Luego dijo:

—Jon, me gustaría saber qué se propone el asesino. No acabo de entender sus propósitos, sinceramente. Oh, ya sé que lo primero que desea es ocultar su crimen, pero tengo la impresión de que actúa por móviles mucho más poderosos. ¿No lo crees tú así?

—En efecto, pienso lo mismo que tú —respondió el joven—. Pero, la verdad, creo que no lo sabremos hasta que conozcamos su identidad de manera absolutamente irrefutable.

—¿Lograremos desenmascararle, Jon?

—Es nuestra tarea, Unity.

De nuevo sobrevino otra pausa de silencio. Ella fue la primera en hablar:

—Jon, muchas veces pienso en la época que nos ha tocado vivir. Hace quinientos años, la Tierra quedó casi enteramente despoblada, a consecuencia de aquella guerra atroz, en que perecieron miles de millones de seres humanos. Sólo sobrevivieron unos pocos millares, quienes, escarmentados por lo sucedido y dispuestos a evitar otra guerra en lo sucesivo, decidieron unirse para ver de conseguir una nueva civilización, donde el hombre y no las máquinas, en donde los sentimientos humanitarios y no la ambición y la codicia, fueran factores determinantes de la existencia.

»Se consiguió. Tenemos máquinas que lo hacen prácticamente todo, pero hemos logrado dominarlas y servirnos de ellas, en lugar de servirlas a ellas. Nuestra forma de vida no puede ser más

atractiva y las expectativas de supervivencia rebasan holgadamente los ciento cincuenta años. Vivimos en un estado de paz absoluto; pero alguien ha cometido un crimen y yo pienso, sin optimismo, si no será la semilla de una próxima conflagración. Ayer murió Molydor, mañana morirá otro o dos o tres… y… tú me entiendes, ¿verdad?

Jon asintió gravemente.

—Te comprendo —respondió—. Pero debes abandonar tu pesimismo y mirar abiertamente al futuro. Un rayo aislado no es señal inminente de una catástrofe, sino sólo un accidente meteorológico. Debemos tomar así la muerte de Molydor, aunque como es lógico, tratemos de encontrar a su asesino, para que sea debidamente castigado. El futuro no es tan malo como te imaginas, cariño.

—Oyéndote hablar así, me siento mucho mejor —declaró la muchacha—. Sólo que, inevitablemente, hay una nube en ese futuro.

—¿Cuál, Unity?

—Mi esterilidad. La esterilidad de todas las mujeres. No sabes cuánto desearía tener un hijo —exclamó ella apasionadamente.

—Cuando encontremos a Thavia, hallaremos también la solución —respondió el joven. Se puso en pie y terminó de desnudarse—. ¿Quieres que nademos un rato? —propuso.

Unity se levantó y corrió hacia el agua, graciosa como una ninfa de los bosques. Jon sonrió mientras se encaminaba hacia lo alto del promontorio. Le gustaba tirarse de cabeza desde aquella altura.

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde, le llamó Urban.

—Tengo los cronomóviles dispuestos —informó.

—Muy bien. Llamaré a mi Testigo Jurado. Iremos lo antes posible —contestó Jon.

Instantes después se ponía en comunicación con Unity:

—Prepárate para reunirte conmigo en el Centro de Cronomóviles —dijo.

—Estoy dispuesta, Jon —respondió ella.

—¿Has estudiado bien el siglo XIII?

—Por supuesto.

—Entonces, hasta luego.

En el centro de Cronomóviles, además de Urban, había otro hombre. Era el Primer Supervisor, Anse Liggen.

—Capitán, Urban me ha informado de la avería en su cronomóvil —dijo.

—Sí, en efecto. Resultó una experiencia poco agradable, señor.

—Lo siento de veras. Esta vez no sucederá así. Yo mismo, personalmente, he revisado los dos cronomóviles que van a utilizar. Les garantizo que no habrá ningún fallo.

Unity se hizo visible en aquel momento.

—Hola —dijo alegremente.

—Mi Testigo Jurado, señor —presentó Jon.

Liggen meneó la cabeza.

—Me da mucha envidia, capitán —sonrió.

—Gracias, señor.

Urban trajo el primer cronomóvil, sosteniéndolo solamente con una mano. Jon observó que el brazo izquierdo del sujeto permanecía caído al costado.

—Dispense que no le ayude, capitán; tengo una ligera luxación en la muñeca —manifestó.

—No se preocupe —contestó Jon.

—Yo le ayudaré —se ofreció Liggen.

Minutos después, Jon y Unity eran lanzados a través de los siglos, hasta el año mil doscientos sesenta y siete.

* * *

La taberna estaba llena de humo, a causa de la deficiente evacuación del producido por la leña que ardía en la chimenea. Unity hizo un gesto de repugnancia, pero al fin agarró con los dedos el trozo de carne que una robusta mesonera les había servido momentos antes.

A través de la ventana, podían ver la explanada en que se movían cientos de trabajadores. Jon meneó la cabeza.

—No han adelantado mucho —comentó.

—Prácticamente, estamos aún en los cimientos —declaró Recco Warna—. Los trabajos se iniciaron hace diez años y no terminarán hasta el siglo XIX. Pero entonces se podrá admirar una de las más hermosas joyas del arte gótico. Las dos torres gemelas alcanzarán

ciento cincuenta y seis metros de distancia y la catedral tendrá ciento cuarenta y seis metros de largo, por ochenta y siete de ancho y una altura de cuarenta y siete en su bóveda central. Para mí —añadió—, es una experiencia fascinante.

—Te han nombrado capataz, creo.

—Sí. Por eso puedo permitirme el lujo de venir a esta hora a la taberna.

Warna asió la jarra y llenó los tres vasos de cuerno de buey con una cerveza espesa y fuerte.

—El cordero está muy bueno —sonrió Jon.

—La dueña tiene una mano excelente para el punto de asado —elogió Warna—. Bien, creo que están aquí para interrogarme. Cuando quieras, capitán.

Jon comenzó el interrogatorio. Warna respondió rápida y escuetamente a todas las preguntas. Al terminar, Jon le hizo todavía otra más:

—Recco, ¿a qué hora viste el cadáver de Molydor?

Warna se concentró en sí mismo.

—Las diecisiete y veinte minutos —contestó.

Jon se sorprendió de aquella respuesta.

—¿Seguro?

—Absolutamente.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Miré el reloj que hay en la pared central. Marcaba las cinco y veinte de la tarde. Bueno, puede que unos segundos más, pero eso no me parece de importancia, creo.

—No, no la tiene —sonrió Jon—. Recco, ¿se te ocurre alguna sugerencia?

—Pues… —Warna dudó un instante y luego añadió—: Lo único que no puedo decir es que vi el arma homicida.

—Era una barra de hierro.

—Allí no había nada fuera de su sitio, si no era el pobre Molydor.

—Ya —Jon sonrió—. Gracias, Recco.

—Una pregunta —dijo Warna—. ¿Cómo pensáis volver a nuestra época?

—Los bosques están muy cerca —contestó el joven significativamente.

—Sí, es el mejor sitio para iniciar el viaje de regreso, sin despertar el temor entre estas pobres gentes.

Jon hizo un gesto de aquiescencia. Una moza trajo una jofaina de barro con agua y se lavaron las manos. Después de secárselas, se despidieron de Warna y, una vez fuera del mesón, se encaminaron hacia el bosque más cercano, que se hallaba escasamente a quinientos pasos de distancia.

Unity observó cierta preocupación en el joven, en cuyo rostro aparecían signos indudables de concentración en sus pensamientos. Prudente, esperó irnos minutos, hasta que él rompió el silencio.

—En las declaraciones de Lassel y de Warna hay dos detalles que coinciden —dijo—. Supongo que te has fijado en ello.

—Sí —contestó la muchacha—. Es una coincidencia un tanto extraña.

—Los dos afirman haber visto el cadáver de Molydor a la misma hora, las cinco y veinte de la tarde. Pero, según los registros, emprendieron el viaje temporal, con quince minutos de intervalo.

—Es cierto, Jon.

—Por tanto, esas dos respuestas tienen tan claro significado.

—Uno de los dos miente —dijo Unity.

—Exactamente.

—Entonces, lo que interesa es saber cuál de los dos es el embustero. ¿Por quién votas tú, Jon?

El joven sonrió.

—Votaré cuando hayamos interrogado a los tres sospechosos que faltan —respondió.

Momentos después, se adentraban en el bosque. Jon juzgó conveniente caminar unos cientos de metros, a fin de evitar las miradas de posibles y no advertidos curiosos en el momento del tránsito temporal. Pero, de repente, cuando apenas habían recorrido medio kilómetro, oyeron un gran estruendo de cascos de caballos.

Siete u ocho jinetes, astrosos, barbudos, armados con grandes espadones, arcos y flechas, aparecieron inmediatamente ante sus ojos.

—¡Jon! —gritó la muchacha, aterrada.

Jon frunció el ceño. El aspecto de los jinetes no le gustaba en absoluto. Súbitamente, uno de ellos desenvainó su espada y, tras talonear a su montura, se acercó al joven y apoyó en su pecho la

punta del acero.

—Si te mueves, considérate muerto —amenazó.

CAPÍTULO VII

Los demás jinetes, moviendo hábilmente a sus monturas, formaron un cerco en tomo a la pareja. Jon comprendió en el acto que les iba a resultar muy difícil escapar.

—Perdón, señor, pero no queríamos ofenderte…

—Soy Rudolf, barón Von Harras —exclamó el jinete—. Nadie pasa por mis tierras sin pagar el impuesto correspondiente.

Von Harras hablaba en una horrible mezcla de germano y latín, pero Jon, buen conocedor de los principales idiomas de la antigüedad, pudo entender bien pronto lo que le decía el jinete. Inmediatamente, supo que se encontraba ante uno de los famosos barones ladrones del Medievo, salteadores y homicidas, y terror de viajeros y comerciantes.

—Señor, ignorábamos que estuviésemos en tus tierras —se excusó Pero no tenemos dinero para pagarte ese impuesto. Lo siento muchísimo…

Un murmullo de desaprobación brotó de los labios de los bandoleros. Von Harras torció el gesto.

—Entonces, tendré que venderte como esclavo —gritó, colérico —. Y en cuanto a ella…

Los ojos del barón recorrieron codiciosamente la esbelta figura femenina. De pronto, lanzó una estridente carcajada:

—Hermosa, esta noche calentarás mi lecho —exclamó—. En cuanto a ti, conseguiré que me den al menos una docena de monedas de oro. Eres fuerte y robusto y conozco a un noble que necesitaba trabajadores para la construcción de su castillo.

Jon se alarmó ante la perspectiva que le pintaba el barón. Era un futuro poco agradable.

—Espera un momento, mi señor —pidió—. En estos momentos, no dispongo de una sola moneda de oro, pero sí de los medios para fabricar cuantas desees.

Von Harras frunció el ceño.

—¿Eres alquimista? —preguntó—. ¿Has hallado la piedra filosofal?

Jon sonrió.

—Al menos, he encontrado algo que puede fabricar monedas de oro, que es mucho más interesante que transmutar el plomo en ese preciado metal. Pero tengo que hacer un experimento con mi esposa, que es también mi ayudante.

—Ah, ella es tu mujer.

—Sí, mi señor.

—Muy bien, adelante —permitió el jefe de los bandidos—. Pero si me engañas, renunciaré a tu venta… porque nadie querrá comprar un cuerpo sin cabeza. Y para que veas que no hablo en broma, ¡mira!

Von Harras movió a su caballo un par de pasos y blandió el enorme espadón con todas sus fuerzas. Había allí un arbolillo, cuyo tronco no medía menos de quince centímetros y el fenomenal tajo lo cortó limpiamente a dos metros del suelo.

—¿Has visto? —añadió, sonriendo torvamente.

Jon hizo una profunda reverencia.

—Mi señor, ¿cuántas monedas quieres? —consultó.

—Cien, por tu libertad, y doscientas, por la de tu esposa… de cuyos encantos me abstendré de disfrutar.

—Muy bien. Enseguida tendrás el dinero, mi señor.

Jon se acercó a la muchacha y la miró al fondo de los ojos.

—Confía en mí —bisbiseó.

Metió la mano bajo la chaqueta de Unity y extrajo el marcador de fechas, levantándolo visiblemente al cabo de unos segundos.

—En seguida saldrán las monedas —dijo.

Con la mano izquierda, accionó los controles de sus cronomóviles. De pronto, lanzó un breve grito:

—¡Ahora!

Los caballos relincharon y se encabritaron. Dos de los jinetes fueron derribados por tierra. Von Harras necesitó de toda la fuerza de su puño para volver a la obediencia a su montura.

Cuando el caballo se hubo tranquilizado, miró a su alrededor, con ojos incrédulos.

—¡Eran demonios! —gritó, aterrorizado.

El pánico se apoderó inmediatamente de los jinetes, que huyeron de aquel lugar a galope tendido. De cuando en cuando, se volvían, temerosos de ver nuevamente a los dos seres que habían desaparecido de sus ojos utilizando lo que ellos creían su magia infernal.

* * *

Jon y Unity reaparecieron en un paraje familiar. La ciudad se divisaba a lo lejos, apenas visibles la mayoría de los edificios entre los árboles frondosos que abundaban por todas partes, resplandecientes las cúpulas y tejados de los edificios oficiales, reunidos casi todos en lo que era el centro de gobierno del planeta. Jon no pudo contener un suspiro de alivio.

—Nos hemos llevado un buen susto —comentó.

—Yo tenía los pelos de punta —declaró Unity—. ¡Qué tío más asqueroso! ¡Casi estuve a punto de vomitar, por el hedor que despedía! ¿Es que entonces no se bañaban?

—Creían que el agua era cosa de afeminados —rió el joven.

—Tienes una imaginación portentosa —dijo ella—. A mí no se me hubiera ocurrido tina salida semejante.

—Especulé con su codicia. Von Harras era uno de tantos barones ladrones que abundaban entonces en las tierras germánicas. Trescientas monedas de oro, cuando había pensado que por mí sólo pensaba sacar diez, eran toda una fortuna. Eso le hizo perder toda perspectiva de sensatez… pero, a fin de cuentas, lo mejor de todo es que estamos a salvo y, esta vez, sin averías en el cronomóvil. Unity, ¿cuál es el tercer sospechoso?

Ella abrió su bolso y extrajo una especie de tableta, dotada de un pequeño teclado, en el que manipuló unos segundos. Al fin, en la pantalla del aparato registrador, pudo leer:

—Jemmy Lowrin, viajó a Chicago, año mil novecientos veintinueve.

—Un buen sitio para investigar su historia —comentó Jon—. Pero, si no tienes inconveniente, descansaremos otras veinticuatro horas.

—Es una excelente idea —aprobó la muchacha.

Caminaron lentamente, con las manos juntas. Al llegar al Centro de Cronomóviles, dejaron los aparatos y se pusieron los

«translatores», ayudados por uno de los operadores de turno. Luego se separaron.

Zithus llamó aquella misma noche a Jon. El joven hizo un detallado informe de su viaje al siglo XIII y le hizo saber el detalle de la coincidencia de la hora en ambos casos.

—Es muy extraño —dijo Zithus—. ¿Le sugiere algo, capitán?

—Por el momento, sólo la sospecha de que uno de los dos ha mentido, excelencia. Pero no me atrevo a señalar un nombre en concreto.

—Está bien, siga investigando. Sabe que cuenta con todo mi apoyo.

—Gracias, señor.

Nunca lo había hecho hasta entonces, pero aquella noche, Jon cerró la puerta de su apartamento con doble vuelta de llave. Además, colocó una silla apoyada en la puerta. Si el intruso trataba de penetrar, la silla caería inmediatamente y el ruido le despertaría en el acto.

Pero no sucedió nada y la noche transcurrió apaciblemente. Al despertarse, Jon se quitó el casco con los auriculares, mediante el cual había recibido los informes necesarios para viajar a los turbulentos años de Chicago, en la época dorada de los «gangsters» y de la Ley Seca.

Después del baño y el sucesivo desayuno, se acercó a la pantalla y marcó las cifras de Unity. Presionó la tecla de contacto y se separó unos pasos para ver mejor a la muchacha.

Entonces advirtió un puntito brillante en la pantalla. El instinto le hizo saltar a un lado.

Una fracción de segundo después, salió de la pantalla un rayo de luz deslumbrante, una línea blanquecina que emitía un resplandor intolerable, junto con un fortísimo chasquido.

La atmósfera se llenó de olor a ozono, lo mismo que si hubiera caído un rayo en la sala. Tendido de costado, Jon contempló atónito la mancha circular, completamente negra, que había surgido repentinamente en la pared opuesta.

El cristal de la pantalla había perdido su transparencia y ahora era solamente un rectángulo opaco. Por una rendija, salía algo de humo y Jon comprendió que los mecanismos que permitían las imágenes y el sonido estaban completamente quemados.

* * *

Unity oyó la campanilla de llamada y corrió a abrir. Su sorpresa fue enorme al ver a Jon en el umbral.

—¿Qué haces aquí? —exclamó—. Pensé que me llamarías…

—Ya lo he hecho —respondió él—. Pero ni del videófono puede fiarse uno hoy día.

—Pasa —invitó la muchacha—. Y explícate, por favor; no te entiendo en absoluto.

—He marcado las cifras de tu videófono, pero en lugar de aparecer la imagen, ha salido una descarga eléctrica, de tan tremenda potencia, que ha estado a punto de dejarme fulminado en el acto.

Unity se sintió hondamente impresionada por la respuesta.

—Un rayo…

—Al asesino le bastó interponer en los circuitos un elevador de tensión, que absorbe una cantidad de energía enorme durante una fracción de segundo. Quema el aparato por dentro, pero la descarga sale al exterior y abrasa cuanto encuentra en su camino.

—A ti no te abrasó, Jon.

—La acción no es instantánea, ya que el elevador tiene que concentrar la energía que debe proyectar a través de la pantalla y eso le lleva un par de segundos. Primero aparece un punto luminoso, que no tiene razón de ser, y luego sale disparada la descarga, con los efectos de un rayo. Cuando vi el punto luminoso, salté a un lado, pero, aun así no pude evitar ser derribado al suelo.

—Me dejas atónita —confesó Unity—. Esto que sucede es algo terrible, Jon, y demuestra que la muerte de Molydor no se debió a un arrebato de ira momentáneo, sino que fue algo perfectamente premeditado.

—No aseguraría yo tanto, aunque el asesino se sabe perseguido de cerca y quiere evitar ser descubierto a toda costa.

—Entonces, es uno de los operadores del Centro de Cronomóviles…

—No acuses sin pruebas; todavía quedan tres sospechosos.

—¡Pero están en otras épocas! —alegó la muchacha.

—¿Sabemos si eso es cierto? ¿Podemos afirmar que uno de ellos no ha regresado de su viaje temporal y actúa clandestinamente en esta época? Los registros no captarían la menor señal de ese viaje

clandestino, Unity.

Ella se sintió muy preocupada al oír la respuesta del joven.

—Puede que tengas razón —admitió—. ¿Quieres un poco de café?

—Sí, gracias.

Mientras hacía el pedido a la dispensadora de alimentos, tanto sólidos como líquidos, formuló una pregunta:

—Jon, ¿qué piensas hacer ahora?

—La situación se ha tomado muy crítica para nosotros. Tanto en el siglo cuarenta y uno como en los demás, nos acechan una serie de peligros, que debemos eludir, procurando no hacer daño a nadie —contestó el joven—. Por tanto, y puesto que hemos de realizar un viaje a la tercera década del siglo XX, lo primero que haremos será probar un sistema que se me ha ocurrido.

—¿Cuál es, Jon?

El joven tomó la taza que le ofrecían.

—Ya lo verás —contestó.

* * *

Anse Liggen y Rodd Urban asintieron unánimemente a la proposición de Jon.

—Puede hacerse; en realidad, no hay incompatibilidad entre los dos aparatos —contestó el Primer Supervisor.

—Nunca se ha hecho una prueba semejante, pero estoy de acuerdo; no existe riesgo alguno —declaró Urban.

—Muy bien, en tal caso, haremos la prueba inmediatamente —dijo el joven.

Después del atentado sufrido, Jon se había dedicado, junto con Unity, a la tarea de confeccionar un muñeco de mejor apariencia que el que había probado días antes, y lo habían llevado consigo al Centro de Cronomóviles. Una vez aceptada su propuesta, Jon puso al muñeco un «translator» y, encima, un cronomóvil. Luego se colocó su propio cronomóvil y, tras las operaciones pertinentes, se trasladó a un par de semanas en el futuro, junto con el muñeco. Luego hizo con éste diversas pruebas de traslación instantánea, por medio de un control remoto y comprobó, efectivamente, que no se producían interferencias perniciosas entre ambos aparatos. Se podía usar el «translator» llevando puesto el cronomóvil y éste sin

despojarse de aquél, sin que ocurriera nada.

Una vez hecha la prueba, regresó de nuevo al Centro de Cronomóviles.

—Resultará un poco incómodo, pero vale la pena actuar de esta forma —dijo.

—En tal caso, sólo me resta desearles suerte —sonrió Liggen.

Jon observó que el Primer Supervisor tenía un brazo en cabestrillo.

—¿Se ha herido? —preguntó.

—Oh, sólo es una luxación del hombro. Me caí ayer al salir de casa. —Liggen se echó a reír—. Los médicos actuales pueden implantar sin dificultad un miembro amputado, e incluso fabricarlo, contando con los elementos orgánicos apropiados; pero son incapaces de evitar que una luxación siga el curso normal, como hace miles de años.

—No eche pestes de los matasanos —dijo el joven—. Hoy día, en el año cuatro mil veintidós, todavía no se ha descubierto un remedio eficaz contra el catarro común.

Sonaron algunas risas. Luego, Jon y Unity se aprestaron a realizar el viaje en el tiempo que les llevaría a los turbulentos años veinte, del Chicago de la Ley Seca.

CAPÍTULO VIII

—¡Ey, Joe, cuida del negocio, mientras yo charlo con estos buenos amigos! —dijo Jemmy Lowrin—. Avísame si vienen los «polis»; si se trata del capitán Winfred, no hay cuidado; lo tengo en la nómina. Pero ojo con el teniente MacCoy, ¿entendido?

—Descuida, Jemmy —contestó el hombre que se hallaba tras el mostrador, aparentemente ocupado en limpiar el polvo a los libros que llenaban las estanterías. Pero los libros eran sólo la fachada que ocultaba las botellas situadas al otro lado.

Con un humeante cigarro entre los dientes, Lowrin, que ya llevaba en la mano una botella y tres vasos, hizo un gesto con la cabeza. Jon y Unity le siguieron hasta un reservado, cuya puerta cerró Lowrin con todo cuidado.

—Aquí estaremos mejor —sonrió—. Perdonad mi aspecto, pero he tenido que adoptar la apariencia propia de un habitante de Chicago de finales de los años veinte.

—No te preocupes —sonrió Jon—. Supongo que sabes a lo que hemos venido.

—Desde luego, y estoy dispuesto al interrogatorio.

—Entonces, no se hable más. ¿Dispuesta, Unity?

—Si, Jon.

Durante unos minutos, no hubo más que preguntas y respuestas entre los dos hombres. Luego, Jon quiso saber dónde tenía Lowrin su cronomóvil.

—¿Para qué? —preguntó el interpelado.

—Ahora lo sabrás. Por favor…

Lowrin se levantó y fue a un armario, con falso fondo, del que extrajo el cronomóvil. Por su parte, Unity sacó algo parecido a una caja, de forma oblonga, plana y no mucho mayor que un paquete de cigarrillos.

Un delgado cable unió la caja a la hebilla del cronomóvil. Jon

explicó:

—Antes has declarado que no te has movido de esta época, desde tu llegada. Personalmente, creo en tu palabra, pero debo presentar las pruebas al tribunal correspondiente.

—No es necesario que te disculpes; comprendo perfectamente tu postura —sonrió Lowrin.

Al cabo de unos minutos, Unity deshizo los contactos.

—No hay rastros de un viaje de vuelta al siglo cuarenta y uno, desde la llegada a esta época —informó.

—Gracias. Jemmy, una última pregunta, por favor.

—Sí —accedió Lowrin.

—Tú viste el cadáver de Molydor. ¿Te fijaste qué hora era?

—Las diecisiete y veinte minutos, quizá veinte y medio; en todo caso, la diferencia es de muy pocos segundos —contestó Lowrin.

En aquel momento, se oyeron en el exterior numerosos disparos de armas de fuego. Unity, alarmada, se volvió.

—No hay cuidado —dijo Lowrin—. Son los muchachos de Capone. Por si no lo sabéis, es un famoso «gángster»… y mi local está protegido por su banda. Bueno, ahora habrá en la calle un lío mayúsculo; se llenará en seguida de policías, periodistas y curiosos… Yo ya estoy acostumbrado a estos jaleos, pero a vosotros os vendría de nuevas y lo mejor será que os larguéis por la puerta trasera.

—No es mal consejo —aceptó Jon, con la sonrisa en los labios.

El armario que había en la estancia era grande, de dos cuerpos. Lowrin abrió la otra puerta, tocó un interruptor eléctrico y la luz se encendió en un pasadizo secreto.

—A veces, es conveniente una vía de escarie para mis «clientes» —indicó maliciosamente—. No hace muchos días, el propio «Caracortada», bueno, Al Capone, tuvo que salir por aquí, huyendo de los agentes de la Prohibición. Hay muchos tipos corrompidos, pero un tal Elliot Ness le anda a la zaga sin casi darle un momento de respiro. Ness y los suyos son incorruptibles y la gente del hampa empieza a saberlo.

—A ti no te hacen nada —sonrió Jon.

—Soy un pez menor y los federales buscan peces gordos. Bueno, largaos de una vez.

Jon y la muchacha corrieron a lo largo del corredor, que

terminaba muy pronto en tina puerta de madera. Jon la abrió y cruzó al otro lado sin prisas. Unity le siguió, pero, apenas habían dado un paso, dos individuos surgieron por ambos lados, encañonándoles con sendos revólveres.

—Quietecitos, pareja —dijo uno de ellos—. Ni un solo movimiento o vuestro peso aumentará en unas onzas de plomo muy rápidamente.

Jon alzó las manos de inmediato. Unity, dominando su temor, hizo lo mismo.

—¿Puedo saber adónde nos llevan? —consultó el joven cortésmente.

El «gángster» se echó a reír.

—Esta noche, a ese hijo de puta de Capone le va a dar un ataque de hígado cuando se entere de lo sucedido —contestó.

—Mirad ese coche negro, parado junto a la acera —dijo el otro hampón—. Es todo vuestro.

Jon cambió una mirada con Unity. La muchacha asintió. Luego, con paso enteramente natural, se dirigieron al automóvil, a bordo del cual había ya un hombre al volante, que mantenía el motor en marcha.

* * *

Jake Purdy, alias «El Granitos», por los numerosos que tenía en su redondo rostro, tomó asiento junto al chófer, que aparecía impasible en todo momento. Volviéndose hacia atrás, apuntó con el revólver a los dos forzosos pasajeros, que ocupaban el asiento posterior, en unión de Pete McKenna, «El Patas». McKenna quedaba a la derecha de Unity, sentada en el centro, y apoyada el cañón de su pistola contra el costado de la joven.

—Adelante, Lafe —ordenó Purdy.

El coche arrancó de inmediato. Con el pulgar derecho, Purdy se echó el sombrero al cogote, a la vez que soltaba una risita.

—Bien, bien, bien —dijo por tres veces—. De modo que esta vez le vamos a dar una buena a «Caracortada». Oye, chica, a ti, ¿dónde te he visto yo antes? ¿En el «Flowers» o en el «Red Lion»?

—Creo que te confundes, hermano —contestó Unity con acento desgarrado—. Yo no suelo ir a las pocilgas.

Purdy soltó una chillona risotada.

—¿Has oído, Pete? La ninfa es remilgada; no le gustan los antros. Prefiere la cama de «Caracortada». ¿Eh, preciosa?

—Todavía tiene que sudar mucho ese bastardo, para que yo consienta en acostarme con él. Y dudo mucho de que lo consiga; tampoco me gustan los sifilíticos.

Purdy frunció el ceño.

—Oye, guapa, no estarás hablando en serio —dijo.

—No bromeo, tú —respondió Unity.

Mentalmente, Jon aprobó la actitud de la muchacha.

Purdy lanzó una obscena interjección.

—Si es cierto eso…

—¿Por qué no se lo preguntas al propio Capone?

—Diablos, no; que se lo pregunte el bastardo de su padre Pero entonces, si padece sífilis, ¿por qué estás con él?

Unity se encogió de hombros.

—Espero a que se cure —respondió—. Él lo sabe y tiene paciencia, eso es todo.

—Esperará toda la vida —rió Purdy estruendosamente—. ¿Y tú? —Se dirigió al joven—. ¿No me dices nada? ¿Eres mudo?

—De nacimiento —contestó Jon, muy serio.

Purdy volvió a reír.

—Los tienes bien puestos, muchacho —dijo—. Si no fuera porque tengo órdenes concretas con respecto a vosotros dos, os dejaría libres en el acto. Pero, lo siento, no puede ser.

Jon había estudiado a fondo la historia de aquellos turbulentos años de Chicago.

—Vamos de «paseo», ¿eh?

—Sí. Repito que lo siento, pero…

Jon se volvió hacia la muchacha.

—¿Te apetece el paseo? —preguntó.

—Sí, cuando quieras.

—Entonces, ¡ahora!

El «translator» entró en funcionamiento y el coche perdió de repente dos de sus pasajeros.

McKenna lanzó un chillido.

—¡Eh, no están!

Purdy tenía los ojos fuera de las órbitas, y la boca abierta como una O del diámetro de una botella. El conductor miró a través del

espejo retrovisor y vio también el asiento sin los prisioneros.

Terriblemente sobresaltado, perdió por un momento el control del volante y el coche se desvió violentamente a un lado, yéndose contra una farola, que derrumbó con gran estrépito. Los viandantes huyeron despavoridos en todas direcciones, mientras los ocupantes del coche quedaban momentáneamente aturdidos por el impacto.

El guardia que estaba en el cruce próximo hizo uso de su silbato. Purdy fue el primero en reaccionar.

El conductor aparecía doblado sobre el volante, sin conocimiento, echando sangre por la boca. McKenna se quejó sordamente.

Purdy consiguió abrir la portezuela y salió tambaleándose. En su desconcierto, no se dio cuenta de que aún tenía la pistola en la mano.

El guardia vio el arma y sacó su revólver.

—Oiga, no…

Purdy manoteó sin soltar el arma. El guardia interpretó mal sus gestos y abrió fuego. Purdy se desplomó al suelo, con el pecho atravesado por un par de balas.

McKenna reaccionó un tanto, lo suficiente para salir del coche, con las manos en alto. Aún no estaba seguro de haber soñado y no comprendía en absoluto la forma tan misteriosa en que habían desaparecido sus prisioneros.

Una cosa era segura: al hombre que les había encargado eliminar a la pareja, y que ellos habían confundido con otros, no le iba a gustar nada lo sucedido.

* * *

Jon y Unity se corporeizaron súbitamente, al borde de una carretera muy poco transitada, y a unas cinco millas de Chicago.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él.

—He pasado un miedo horroroso —sonrió la muchacha.

—Lo has disimulado muy bien. Y tu aprendizaje durante el sueño ha dado un resultado magnífico.

—Ellos no sabían que Capone estaba sifilítico. ¿Es que entonces no se curaba esa enfermedad?

—Muy difícilmente, cuando se conseguía. De eso precisamente murió, en el año cuarenta y siete. Pero es algo que ya debemos

dejar de lado.

—Sí, hemos pasado un buen susto. Menos mal que se te ocurrió la idea de equipamos también con un «translator».

—La experiencia con el barón Von Harras tenía que servirnos de algo —sonrió Jon—. Bien, ¿qué opinas de Lowrin?

—A juzgar por sus respuestas, es inocente.

—Pero sigue siendo sospechoso.

—Sí. Y el detalle de la hora… ¿Por qué coinciden todos en las cinco y veinte de la tarde?

—Es algo que no acabo de entender —dijo Jon, meneando la cabeza—. Y temo que no lo sepamos hasta haber interrogado a los dos que faltan.

—Sin olvidar a la protagonista principal.

—No olvido a Thavia, descuida. ¿Cuál es el número cuatro de la lista?

Unity consultó su grabadora.

—Kit Broubs, sargento de los comandos británicos, que desembarcaron en Normandía, el seis de junio de mil novecientos cuarenta y cinco.

Por casualidad, Jon conocía a Broubs y sabía de sus aficiones históricas. Pero también conocía su timidez y su escaso afán de aventuras.

—¿Qué hace un hombre como Kit en una guerra tan feroz? —gruñó.

—Podríamos ir a verlo, ¿no te parece?

Jon consultó su reloj.

—Nos conviene un descanso —contestó—. Y voy a hacerte una proposición.

—Dime, encanto.

—Vamos a viajar al siglo XIX, a un lugar que visité una vez, y que me agradó enormemente. Podemos pasar allí veinticuatro maravillosas horas, antes de ir en busca de Broubs.

—Muy bien, como digas.

CAPÍTULO IX

Las llamas lanzaban un círculo de luz roja alrededor de la hoguera. El olor a carne asada se expandía por el ambiente. Unity contemplaba asombrada las maniobras que realizaba el joven, para asar los dos conejos que había capturado mediante sendos lazos.

—Eso sí que es comida natural —exclamó Jon alegremente—. La boca se me hace agua sólo de pensar en el banquete que me voy a dar.

—Te gustaría vivir en esta época, parece —apuntó ella.

—No lo creas. Cada uno debe vivir en la época que le corresponde por su nacimiento. Pero si disponemos de cronomóviles y podemos viajar a través del tiempo, parece lógico que aprovechemos lo bueno que pueda haber en cada época de las que visitamos.

—En este caso, conejo asado.

—Que no está nada mal. ¿Qué me dices del paisaje, cariño?

Unity paseó la mirada a su alrededor. La luz de la luna convertía en muros de plata los elevados farallones del cañón en el que se hallaban, y el río que corría por su centro, saltando de roca en roca, parecía metal fundido, pero frío. A lo lejos, se divisaban las cumbres nevadas de la cordillera, centelleantes como agujas de cristal, bajo el resplandor del satélite. Había olor a hierba fresca y flores silvestres y, salvo el rumor de la corriente y el crepitar de las llamas, todo era silencio, paz y quietud infinitas.

—Maravilloso —dijo al cabo—. Pero ¿por qué venir aquí, en el siglo XIX, cuando también podríamos hacerlo en nuestra época?

—Lo visité hace algunos meses. Debió de ocurrir un millar de años antes. Fue un terremoto violentísimo y se derrumbó una gran parte de los muros. El aspecto ha cambiado radicalmente y es mucho menos atractivo que en estos momentos.

—El pasado tiene también sus ventajas —sonrió Unity.

Minutos más tarde, la emprendieron con la carne asada. Al terminar, Jon se tendió sobre la hierba y puso las manos bajo la nuca.

—Mañana, pescaré truchas. Conviene variar el menú —dijo.

Unity se inclinó hacia él.

—Jon, querido…

—Dime, encanto.

—¿Sabes lo que me gustaría más de este mundo?

—No, no lo sé.

Ella le besó suavemente.

—Ya te lo dije en otra ocasión. Lo que más me gustaría es tener un hijo. Tuyo, claro.

—Antes habrá que encontrar a Thavia y esperar a que los científicos puedan estudiar el desarrollo de su embarazo, una vez designado el padre adecuado a sus características. Y esto puede llevar años enteros.

—Quizá no, Jon.

El joven se incorporó sobre un codo y la miró sorprendido.

—Oye, no irás a decirme que tú…

Unity sonrió, a la vez que le ponía un dedo sobre los labios.

—Por ahora, no hay síntomas —musitó—. Pero ¿quién sabe? No he perdido aún las esperanzas, Jon.

—Las computadoras no dijeron nada de ti, querida.

—Las computadoras sólo son máquinas. Únicamente contestan a las preguntas que se les formulan. Pero no son capaces de elaborar soluciones por sí mismas, al menos, soluciones para problemas nuevos.

—Y tú sí has encontrado esa solución…

—Faltan todavía diez días, once, no es una fecha fija. Sólo entonces podré decírtelo.

—Faltan diez días… ¿para qué?

Unity se echó a reír.

—¡Tonto! —le apostrofó cariñosamente—. ¿Es que no sabes lo que les ocurre a las mujeres cada veintiocho días?

—Oh —dijo él, muy sorprendido™. Si hay «falta», será señal de que tú…

—Sí, amor mío.

—¡Pero eso no puede ser! Eres estéril, Unity.

La joven se tendió en el suelo y levantó la vista hacia las estrellas.

—Espera diez días —insistió.

* * *

La granada de 88 mm. aulló ferozmente y fue a perderse en un bancal cercano, donde explotó con terrible estrépito. Alguien maldijo profusamente de los tanques germanos, de sus tripulantes y hasta de la madre del constructor de aquellos temibles artefactos.

—¡Sargento, si nos quedamos aquí, nos van a freír! —gritó el cabo Langdon.

—Calma, muchacho. El conductor de ese tanque no nos ha visto aún. Dispara un poco al azar, pero no sabe siquiera que estamos aguardándole con un buen «bazooka» —contestó el sargento de comandos, Kit Broubs.

De pronto, una ametralladora tableteó a la derecha de la posición ocupada por los dos hombres. Broubs lanzó una espantosa maldición:

—¡Alto el fuego, estúpidos! —aulló, mientras las balas de la ametralladora rechinaban estérilmente contra la coraza del «Tigre» germano.

La torreta del tanque giró con lentitud y el cañón descendió unos centímetros. Hubo una detonación y, casi en el acto, tres hombres volaron despedazados por los aires.

—¡Malditos estúpidos! —gruñó Broubs.

—¿A quién le dices eso, Kit?

Broubs se volvió, atónito, al oír aquella voz.

—¡Jon! —exclamó—. Pero ¿qué diablos haces en este infierno?

Tendido en el suelo, tras el pequeño talud herboso, coronado por un seto, estaba Jon, en compañía de una hermosa muchacha de cabellos bronceados.

—Ella es Unity Dybac, sargento, Testigo Jurado —dijo el joven.

—Hola, Kit —saludó Unity.

—Pero ¿de dónde han salido esos tipos? —exclamó el desconcertado cabo Langdon—. ¿Son periodistas, sargento?

—Algo por el estilo, cabo —sonrió Broubs—. Perdona, Jon, pero ahora tengo un trabajito entre manos.

—¡El tanque! ¡Ya lo tenemos encima! —chilló Langdon,

aterrado.

—Calma, muchacho —dijo Broubs con acento persuasivo—. No te pongas nervioso.

El mastodonte de acero avanzaba lentamente, con fuertes petardeos del motor y estridores de sus cadenas metálicas. De cuando en cuando, sus ametralladoras disparaban unas cortas ráfagas, destinadas, evidentemente, a impresionar a cualquier enemigo situado en las inmediaciones.

Langdon se encogió tras el parapeto. Muy lentamente, procurando no agitar las ramas del seto, Broubs sacó el tubo del «bazooka» y apuntó con infinito cuidado.

Cuando el tanque estaba a cincuenta metros, hizo funcionar el artefacto. La granada partió velozmente y alcanzó su blanco.

Primero hubo una explosión sorda, con una nube de humo. En el tanque, se abrió una escotilla y uno de sus tripulantes tuvo tiempo de salir disparado a todo correr, antes de que se produjera una aterradora explosión, una especie de erupción volcánica, de la que brotaban llamas rojas y azules con terrible intensidad. Luego, el tanque empezó a arder, despidiendo a lo alto una colosal nube de humo oscuro.

—Asunto despachado —dijo Broubs plácidamente—. Jon, soy todo oídos.

—Se trata del asesinato de Erguth Molydor, Kit.

—Molydor, ¿eh? —murmuró el sucio y tiznado explorador del tiempo—. Ya me esperaba algo por el estilo, aunque no me imaginé que hubiese alguien capaz de arriesgarse a viajar a esta época.

—Había que hacerlo, Kit —contestó Jon—. ¿Unity?

—Estoy dispuesta —manifestó la chica.

El cabo Langdon se frotaba los ojos, sin poder dar crédito a lo que estaba viendo. ¿De dónde habían salido aquellos dos tipos, vestidos de forma tan estrafalaria?

De repente, la artillería germana abrió el fuego y los obuses empezaron a llover con terrible estrépito por aquella zona.

El suelo tembló, como si se tratase de un terremoto. Langdon se agarró al casco con ambas manos. Broubs dirigió una sonrisa a su interrogador.

—Disculpa la recepción, Jon —dijo.

—No te preocupes. Son gajes del oficio.

El fuego de artillería se alejó a quinientos metros a retaguardia.

—Quieren evitar que lleguen nuestros refuerzos —adivinó Langdon.

—Probablemente, cabo —admitió Broubs.

—Entonces, si contraatacan, lo pasaremos muy mal.

—Muchacho, en la guerra no se pasa bien jamás —dijo Broubs sentenciosamente—. Y ahora, por favor, déjeme seguir la conversación con mi amigo.

Langdon se calló, muy ofendido. Tendidos de costado en el suelo, Jon y Unity escuchaban las respuestas de Broubs.

Al fin, Jon hizo una de las últimas preguntas:

—Kit, ¿a qué hora viste muerto a Molydor?

—Las cinco y veinte de la tarde. Segundos más o menos, claro…

—¿Miraste tu reloj?

—No, eché una mirada instintiva al gran reloj digital de la sala. Señala también los segundos, como sabes, pero en cifras la mitad de grandes que las de la hora y minutos. A menos que se preste cierta atención, nadie se suele fijar en los segundos de la hora cuando consulta ese reloj.

—Muy cierto —convino Jon—. Uno pasa por allí, echa un vistazo al reloj, ve la hora… y no se fija en los segundos, indicativo que, en realidad, y puesto que no se trata de medir el tiempo con la precisión de milésimas de segundo, resulta superfluo.

—Eso es lo que siempre he pensado yo —sonrió Broubs. De pronto, sintió que le daban un codazo en el costado y se volvió—: ¿Cabo?

La temblorosa mano de Langdon señaló hacia adelante. A unos doscientos metros de distancia, se veía una larga hilera de figuras que se movían cautelosamente hacia aquel lugar.

—Contraatacan y estamos solos, sargento —dijo Langdon.

—Lo sé —contestó Broubs—. Tenemos que retirarnos y… Supongo que no nos acompañaréis —se encaró sonriendo con el hombre y la mujer de su misma época.

Jon meneó la cabeza.

—¿Qué chifladura te dio de venir a esta guerra? —Sonrió también—. Unity, ¿estás lista para el regreso?

—Sí, Jon.

De repente, los cañones británicos empezaron a tronar. Los

alemanes se tendieron en el suelo instantáneamente. Langdon se volvió para decir algo a su sargento, pero lo vio solo y todo su cuerpo fue sacudido por un fuerte estremecimiento.

—Oiga, sargento, ¿ha estado hablando con unos fantasmas? —preguntó.

—Algo por el estilo —contestó Broubs enigmáticamente, entre el estruendo de los obuses que estallaban sin cesar y el chisporroteo de las armas ligeras.

—No diré nada, no diré nada —murmuró Langdon—. Me tomarían por loco…

Broubs sonrió para sus adentros. Langdon se sentiría mucho peor si le dijese que era un hombre al que, en aquellos momentos, aún le faltaban dos mil años para nacer.

* * *

—¿Ha ido bien el viaje? —saludó el Primer Supervisor.

Jon se sacudió el polvo de las ropas.

—Resultó una experiencia imborrable. Nos vimos envueltos en una sangrienta batalla de la llamada Segunda Guerra Mundial —contestó.

—¿Era interesante?

—Mucho, aunque no me gustaría repetir la experiencia, señor.

—Sí, debe de resultar desagradable, a pesar de todo. Ah, su apartamento está ya en orden.

—Gracias, señor.

—No me las dé a mí; déselas al Primer Coordinador, quien me encargó se lo dijera a su regreso. Por cierto, quiere verle lo antes posible.

—Iré en cuanto me haya cambiado de ropa. ¿Cómo sigue su hombro, señor?

—Mejorando, gracias —contestó Liggen.

Desde el punto en que se encontraba, Jon podía ver el gran reloj digital que marcaba la hora, con los minutos y los segundos, mudo testigo del crimen cometido en aquel mismo lugar. En aquel reloj, pensó, estaba la solución del enigma.

—¿Vamos, Unity?

—Sí, Jon.

Salieron a la explanada que había delante del edificio y

recibieron en el rostro la caricia del sol y de la brisa. A lo lejos, se podía ver el panorama de las colinas cubiertas de verdor.

—Jon, ¿por qué todos dicen que vieron muerto a Molydor a las cinco y veinte de la tarde? —exclamó la muchacha.

—No lo sé aún. Esa respuesta, indudablemente, encierra la clave que nos permitirá solucionar el misterio, pero antes de dar un solo paso, es preciso comprobar si el quinto sospechoso nos dice lo mismo. Por cierto, ¿cómo se llama, Unity?

Ella consultó sus notas grabadas.

—Buttin Groft y viajó al siglo ochenta y uno, concretamente, al año ocho mil cincuenta.

—¿Qué hay en esa época, de la que nos separan cuatro mil años, Unity?

—Habrá que averiguarlo en persona, ¿no te parece?

—Sí —convino él con un suspiro—. Te buscaré mañana, cariño.

—De acuerdo.

Aquella misma tarde, Jon acudió a la residencia del Primer Coordinador, quien estaba muy interesado en conocer la marcha de las investigaciones. Jon le informó puntualmente de todo lo conseguido hasta el momento, sin olvidar los atentados sufridos. Zithus se mostró muy preocupado por aquellas noticias.

—Es evidente que un elemento destructor se ha infiltrado en nuestra sociedad —dijo cuando el joven hubo terminado de hablar—, pero no por ello debemos cejar en nuestros esfuerzos. Sabe que cuenta con todo mi apoyo, capitán.

—Gracias, señor.

—Una cosa, tenga mucho cuidado en su viaje al siglo ochenta y uno. Los viajes hacia el futuro son aún más peligrosos que hacia el pasado.

—Lo sé, excelencia.

—Y encuentre a Thavia; es nuestra única esperanza de supervivencia.

Jon no quiso mencionar lo que le había dicho Unity, acerca de las posibilidades de tener un hijo. Eso era un secreto que debía quedar entre los dos, por el momento.

—La encontraré —prometió.

CAPÍTULO X

Enormemente asombrados, Jon y Unity contemplaron el desolado paisaje que se extendía ante sus ojos. Hasta donde alcanzaba la vista, no se divisaban sino arenas y piedras. No había una sola planta, un solo árbol, ni un matorral reseco siquiera.

Una aridez absoluta, inimaginable, si no hubieran podido verlo con sus ojos.

Tampoco se veía el menor signo de agua. Jon se preguntó qué extraños fenómenos se habían producido en aquellos cuarenta siglos. ¿Había entrado el planeta en una era de sequía total?

Reinaba un silencio absoluto. El sol, en el cielo, era una bola amarilla que arrojaba ríos de fuego hacia el suelo. El sudor se secaba instantáneamente en la epidermis.

—Qué mundo tan horrible —murmuró Unity, hondamente impresionada por lo que estaba contemplando—. ¿Y es a esta época, a la que quiso viajar Groft?

—Eso parece —sonrió él.

—Hay gustos que merecen palos. ¿Qué datos científicos puede obtener de este desierto?

Jon no pudo contestar. De repente, alguien lanzó un grito en las inmediaciones:

—¡Socorro! Por favor, ayúdenme…

Unity respingó. Jon giró en redondo, tratando de hallar al autor de la desesperada llamada.

—Estoy aquí… ¡Aquí!

Entonces, Jon captó la imagen de una estrecha grieta, situada escasamente a cincuenta pasos y al otro lado de un pequeño amontonamiento de rocas negruzcas, de evidente origen volcánico. Inmediatamente, echó a correr hacia allí y se asomó al borde.

El fondo de la grieta estaba a unos seis metros y allí había un hombre tendido, en difícil postura, al parecer.

—¿Eres Groft? —preguntó Jon.

—¿Quién otro podría ser? —contestó el explorador del tiempo malhumoradamente—. He tenido la mala suerte de caer en esta grieta y me he roto un tobillo.

—Bueno, no te apures; ahora estamos aquí mi ayudante y yo para sacarte de ese apuro.

Jon se volvió hacia la muchacha.

—Tendrás que darme tu «translator» —indicó—. De este modo, podré traer a Groft hasta la superficie, ya que no disponemos de cuerdas.

—Muy bien —accedió Unity.

Un cuarto de hora más tarde, Buttin Groft lanzaba un suspiro de alivio, al verse sentado con la espalda contra una roca, a la sombra. Unity se arrodilló a su lado y dejó la grabadora en marcha.

—Puedes interrogarle, mientras trato de curar su lesión —dijo.

—¿Eres médico? —preguntó el herido.

—No; simplemente, hice un curso de primeros auxilios. Es útil, dada mi profesión —explicó la muchacha.

—Muy bien, Buttin —dijo Jon—. ¿Puedes hablar?

—Cuando quieras —respondió Groft.

El interrogatorio fue breve. Groft había sido el último en abandonar su época, para desplazarse al futuro. Sí, naturalmente, había visto el cadáver de Molydor y el choque sufrido había sido terrible. Le había costado mucho reponerse y aún soñaba a veces por las noches con aquel espantoso espectáculo.

—Está bien, Buttin —dijo Jon—. Ahora, por favor, la última pregunta.

—Te escucho —contestó Groft.

—¿A qué hora viste el cadáver de Molydor?

La respuesta de Groft les pareció a Jon y a Unity el estampido de un cañonazo:

—Las seis y media de la tarde.

Hubo un momento de silencio.

Jon se sentía completamente desconcertado. Unity permanecía absolutamente inmóvil, sentada sobre sus talones, respirando con gran lentitud.

—¿Qué os pasa? —exclamó Groft—. ¿Por qué me miráis de esa forma? Oh no, por todos los diablos… Si pensáis que yo soy el

asesino…

—No lo pensamos, Buttin —dijo Jon, en parte recobrado de la enorme sorpresa recibida—. Sólo que… nos extraña.

—Vaya, sí que es divertido —resopló el explorador del tiempo —. Os extraña… ¿Y puede saberse por qué?

—Todo a su debido tiempo, Buttin —contestó el joven calmosamente—. Puesto que has citado una hora, debes decirme dónde la viste.

—¡En mi reloj, claro!

—¿Cómo? —exclamó Unity.

Groft levantó el brazo izquierdo.

—Aquí, en este mismo reloj —dijo.

—¿No miraste el gran reloj de pared de la sala de cronomóviles?

—¿Qué sala? —exclamó Groft—. El cadáver estaba en el vestuario.

Jon se pasó una mano por la cara. De la veracidad de las respuestas, no se podía dudar en absoluto. Pero ¿por qué aquellas diferencias tan sustanciales, no sólo entre el horario sino también en el lugar donde había sido hallado el cadáver de la víctima?

—Está bien —dijo al cabo—. Buttin, supongo que no te hallas en condiciones de continuar tu exploración.

—No —dijo el interpelado de mal humor—. Tengo que volver a mi época. Ya vendré aquí en mejor ocasión.

—Para lo que hay que ver… —Sonrió Unity.

—Interesa saber qué es lo que convirtió al planeta en un desierto —contestó Groft—. Aunque sea futura, es historia y la historia siempre interesará.

—Dejemos ahora la discusión —cortó Jon—. Eso es algo que puede esperar. Hay algo mucho más urgente —añadió.

—¿Sí? —dijo el explorador.

—Hallar al asesino de Molydor.

* * *

—Esta noche, deberás estudiar la historia del siglo XIX —indicó Jon horas más tarde.

—Por fin vamos a buscar a Thavia —sonrió la muchacha.

—En efecto,

—Ya era hora, ¿no?

—Todo llega en este mundo. —Jon se acercó a la dispensadora de alimentos y marcó CAPE. Cuando el vaso estuvo lleno, lo retiró y tomó un par de sorbos—. Me siento desconcertado —añadió.

—¿Por qué? —preguntó Unity.

—Mujer, la respuesta está clara. De cinco testigos no jurados, cuatro declaran haber visto el cadáver de la víctima en la sala de Cronomóviles y a las cinco y veinte de la tarde. El quinto afirma haberlo visto en el vestuario y a las seis y media, es decir, setenta minutos después. La discordancia salta a la vista, pero ¿cuál es el verdadero motivo de una respuesta enteramente distinta a las cuatro precedentes?

—El motivo no es otro que la verdad de lo que vio Groft —dijo la muchacha.

—No me refería a motivos personales, sino a los generales del caso. —Jon hizo un gesto de preocupación—. ¿Sabes?, a veces pienso si hacemos bien viajando en el tiempo a nuestro antojo.

—Hasta ahora, los efectos de los viajes temporales han sido siempre beneficiosos.

—Salvo cuando han causado perjuicios…

Jon se interrumpió súbitamente, con la mirada perdida en la lejanía. Unity apreció el cambio de expresión y se sintió intrigada.

—¿Qué sucede, Jon? —preguntó.

—Nada, no te preocupes. Estudia durante la noche; mañana vendré a buscarte. ¿Entendido?

—De acuerdo.

Unity sonrió. Avanzó hacia el joven y le puso las manos sobre los hombros.

—Jon, ¿cuándo volvemos? —Sonrió.

—¿Al promontorio?

—No, al cañón.

Jon la besó suavemente en los labios.

—Muy pronto —respondió.

* * *

En la sala de cronomóviles reinaba un silencio absoluto.

Todas las partidas para los viajes temporales se realizaban siempre durante el día. Por las noches, el lugar quedaba solitario, con todos los aparatos parados, suspendido el funcionamiento.

Una sola lámpara alumbraba el lugar, pero siendo de escasa potencia, la sala quedaba en penumbra, aunque sí se podía ver lo suficiente para moverse sin tropezar con los muebles y aparatos que había allí.

Jon avanzó silenciosamente, hasta situarse en el centro de la sala. Una vez allí, empezó a contemplar todos los muebles y aparatos contenidos en la vasta estancia, girando muy lentamente sobre sus talones. El control de viajes temporales, los registros, las pantallas donde aparecían los datos requeridos, tras la consulta pertinente, el revisor automático de cronomóviles, los comprobadores de distintas clases… y el reloj digital, en la pared situada frente a la entrada.

A la derecha se veía la puerta que daba a los vestuarios y aseos. A veces, los exploradores del tiempo necesitaban ropas adecuadas, para no causar extrañeza entre las gentes de la época que iban a visitar y se cambiaban en aquel lugar, tanto a la ida como a la vuelta. Algunos, tal vez un poco aprensivos, incluso se bañaban antes de regresar a su casa.

Cuatro hombres habían visto a Molydor muerto en aquel lugar. El quinto, sin embargo, lo había visto en los vestuarios.

Para cuatro hombres, la hora habían sido las diecisiete y veinte minutos. Para el quinto, el descubrimiento del cadáver se había efectuado setenta minutos después.

¿Cuál era el enigma que representaba la diferencia entre las declaraciones?

En aquel punto estaba la solución del caso. Era, pensó, como tener una palabra en la punta de la lengua y no acertar a expresarla verbalmente. Lo mismo le sucedía con el crimen… En alguna parte, había tina lucecita oculta por una cortina… pero era preciso encontrarla y descorrer la cortina, para que se hiciera la luz y todos pudieran ver con claridad lo ocurrido.

Pero aún faltaba otra cosa: el arma homicida.

Nadie había encontrado aún la barra de hierro con la que Molydor había sido salvajemente golpeado. Era una prueba más contra el criminal.

De pronto, frunció las cejas. ¿Qué era aquello que se divisaba debajo de una de las consolas, justamente la situada al pie del reloj de pared?

Para ver mejor, retrocedió irnos pasos y accionó los conmutadores. Todas las luces se encendieron instantáneamente.

Jon se puso en cuclillas. Sí, allí, bajo la consola, se veía algo…

Avanzó rápidamente y se tendió en el suelo. Entre la base de la consola y el pavimento había un espacio de siete u ocho centímetros. Metió el brazo y sus dedos rozaron una cosa metálica.

Hizo un esfuerzo y consiguió adelantar la mano unos pocos centímetros. Así pudo tirar de la barra de hierro, de sección cuadrangular y de irnos quince milímetros de lado. Su longitud era de metro y medio, aproximadamente.

Todavía con las rodillas en el suelo y sentado sobre los talones, examinó la barra asesina, uno de cuyos extremos quedaba completamente plano y algo curvado. Aquella modificación en la forma, permitía emplear la barra… ¿en qué?, se preguntó.

De repente, sintió un terrible dolor en la cabeza y cayó a un lado.

No había perdido el conocimiento, pero supo que había sido atacado por la espalda. Alguien se le había acercado por detrás, sin ser advertido, golpeándole en la nuca con el puño.

Luces de todos los colores bailaron ante sus ojos. Vagamente, notó que la barra le era arrebatada de las manos. Iba a cometerse un segundo asesinato, pensó, impotente para hacer el menor movimiento.

Súbitamente, oyó un agudo grito:

—¡Jon!

El joven percibió rumor de pasos muy rápidos. Alguien se arrodilló a su lado, llamándole desesperadamente. Jon notó el contacto de su mejilla contra los senos de la muchacha.

—Unity —murmuró.

—Querido…

—No… ha sido nada… Me han atacado…

—Llamaré al Centro Médico —dijo ella.

—No, no lo hagas. Se me pasará pronto.

Jon hizo un esfuerzo y terminó de sentarse.

—¿Lo has visto? —preguntó.

—No. Iba a golpearte con un palo…

—Era la barra que empleó para matar a Molydor.

Unity exhaló un pequeño grito.

—Jon, ¿hablas en serio?

—Sí, la encontré bajo esa consola. Tenía un remate muy extraño en uno de sus extremos.

—Se la llevó. A mí me pareció un palo.

—¿Por dónde se ha ido?

—Corrió hacia los vestuarios. Los baños tienen ventanas que están a poca distancia del suelo. Se tapaba la cara con una mano; no pude verle los rasgos. Pero me pareció que tenía dificultades para sostener la barra.

—¿Seguro, Unity?

—Sí, Jon.

El joven suspiró.

—Algo hemos adelantado, aunque no tanto como desearía. Unity, ¿cómo demonios has aparecido aquí?

—Adiviné tus pensamientos —sonrió ella.

—Sospechaste que iba a venir aquí…

—Y me picó la curiosidad.

—También la impaciencia, claro.

—¿Lo lamentas? Te he salvado la vida, querido.

—Sí, es algo que debo agradecerte mientras viva —admitió él—. Bien, lo mejor será descansar. Mañana nos aguarda un día muy movido, Unity.

—Confío en encontrar a Thavia —dijo la muchacha.

—La encontraremos —afirmó él rotundamente.

CAPÍTULO XI

—¿Crees que hemos llegado al lugar correcto? —preguntó la muchacha, veinticuatro horas más tarde.

Jon se frotó la nuca, en la que aún advertía la hinchazón producida por el golpe recibido la víspera. Con ojos críticos, estudió el panorama que les rodeaba. Confiaba en que los habitantes de aquella época no reparasen demasiado en su indumentaria. Aunque se habían vestido como lo hacían las gentes del siglo XIX, podían haber cometido algún error que les hiciese sospechosos a las personas que vivían en aquella época.

Dos largos guardapolvos cubrían sus cronomóviles. Jon llevaba puesto un sombrero de anchas alas y Unity se tocaba con una capotita, atada bajo la barbilla, y adornada con un pequeño ramo de flores en el lado izquierdo. Las largas faldas, que asomaban bajo el guardapolvo, se le antojaban terriblemente incómodas.

—Éste es el lugar al que, más o menos, se trasladó Thavia —dijo él, después de unos segundos de reflexión—. Los registros así lo indican y no tenemos por qué dudar de sus indicaciones.

—Si. tú lo dices… Eh, ¿qué es eso? —exclamó ella de pronto.

Jon miró en la dirección indicada. Algo brillaba entre unos arbustos muy espesos, situados a la derecha del polvoriento camino en que se encontraban.

Unity separó los ramajes y descubrió algo que la llenó de sorpresa en el acto.

—¡Jon, un cronomóvil!

El joven se acuclilló junto al aparato, rozando con las yemas de sus dedos algunas de sus partes. Luego movió la cabeza.

—No cabe la menor duda —dijo—. Es el cronomóvil de Thavia.

—Pero ¿por qué lo abandonó aquí? —preguntó ella, desconcertada.

—No lo sé. Hasta que no la veamos con Thavia, no tendremos la

respuesta adecuada. De todos modos, lo mejor es que dejemos el cronomóvil donde lo hemos encontrado. Sigamos, Unity.

Reanudaron la marcha. Una hora más tarde, divisaron los edificios de la granja. Ladró un perro. Se oían cacareos de gallinas.

Jon y Unity cruzaron el patio y se acercaron a la casa. Una mujer salió al porche, secándose las manos con un delantal. Con el rabillo del ojo, Jon divisó a un hombre guarecido tras la esquina más próxima, sosteniendo una escopeta con ambas manos.

—Buenos días, señora —saludó el joven cortésmente—. Me llamo Jon Ferr. Ella es Unity, mi… esposa.

—Encantados —contestó Martha Olson—. ¿En qué puedo servirles? —preguntó, después de dar su nombre.

—Pues… —Jon sonrió, a la vez que levantaba las manos—. Venimos en son de paz, señora. Por favor, dígale a su esposo que deje de apuntarnos con la escopeta —añadió.

Olson abandonó su escondite y avanzó lentamente hacia los recién llegados.

—Dispensen las precauciones —dijo—. Hace pocos días, vino un tipo sospechoso y tuve que disparar contra él.

—Nosotros no tenemos intenciones de atacarles, créame —manifestó el joven—. Simplemente, estamos buscando a Thavia Land.

—¡Thavia! —exclamó la señora Olson—. ¿Son parientes suyos?

—No exactamente —sonrió Jon—. Es… yo soy policía y ella es testigo de un crimen. Queremos que nos acompañe a declarar, eso es todo.

—Lo siento —dijo Olson—. Thavia estuvo con nosotros cosa de un año. Luego se marchó, sin avisar, y no hemos vuelto a saber de ella.

—¿Cuánto tiempo hace, por favor?

—Oh, tres años, aproximadamente.

Jon cambió una mirada con la muchacha. El tiempo, evidentemente, había transcurrido en aquella época de una forma muy distinta.

—Y no saben dónde está —dijo, desalentado.

—No hemos vuelto a tener noticias suyas —declaró Olson.

Jon perdió el optimismo por un instante. Thavia se había marchado de la granja. El país era muy grande. Podían pasar años

enteros antes de encontrar su rastro, si es que lo conseguían, pensó.

—Usted es la segunda persona que pregunta por Thavia —dijo Olson, después de una pausa—. Era una muchacha encantadora, activa, muy amable… Nosotros la habíamos tomado ya verdadero afecto.

—Como si fuese hija nuestra —añadió Martha.

—¿Quién preguntó antes por ella?

—Dijo llamarse Ray Hartman —contestó Olson—. Su aspecto no me gustó. Se marchó de aquí y yo le seguí. Quiso atacarme, pero yo pude disparar primero y conseguí herirle, creo que en un hombro.

—¿Le hirió? —dijo Jon, vivamente interesado.

—Sí, pero entonces ocurrió algo…

Olson se interrumpió. Bajó la vista al suelo.

—Sólo se lo he contado a mi esposa. Nadie más me creería —añadió.

—¿Qué sucedió?

—Bueno… disparé, le herí… y el tipo desapareció. Si no hubiera visto sus huellas marcadas en el polvo del camino, creería que estaba soñando. Nunca he podido comprender lo que pasó, señor Ferr.

—¿Recuerda usted su aspecto, señor Olson? —intervino Unity…

Bajo el guardapolvo, su grabadora funcionaba desde el primer momento, recogiendo cada sílaba de la conversación que se desarrollaba en aquel lugar.

—Sí, era bastante alto, rubio, irnos cuarenta años, metro ochenta, más o menos… y vestía de una forma extraña, unos ropajes blancos, muy holgados, y de una tela muy fina, seguramente, muy cara. Es todo lo que puedo decirles.

—Gracias, señor Olson.

—¿No quieren entrar y tomar un poco de café? —invitó Martha.

De pronto, y antes de que ninguno de los dos jóvenes pudiera decir una sola palabra, se oyó un agudo grito en la entrada del patio:

—¡Japhet! ¡Martha!

La señora Olson volvió los ojos y lanzó un estridente chillido:

—¡Thavia!

* * *

Un carruaje, tirado por dos caballos, apareció a la vista de todos los presentes. Iba conducido por una hermosa mujer, elegantemente ataviada, quien detuvo el vehículo frente a la veranda de la casa y saltó ágilmente al suelo, sin necesidad de que nadie le tendiese la mano.

—Japhet, Martha, cómo os he echado de menos —exclamó la recién llegada—. Quería venir antes, pero no podía hacerlo, porque deseaba ultimar unos asuntos de importancia… Me fui pobre y vuelvo rica… Traigo dinero suficiente para que podáis comprar aquellas tierras que tanto os gustaban… No, no digáis nada; lo que hicisteis conmigo, cuando me encontré sola y enferma, es algo que no se puede pagar con todo el oro del mundo.

Thavia hablaba atropelladamente, sin respirar apenas. Martha Olson tenía los ojos humedecidos por la emoción.

—Encontré un buen empleo en un «saloon» —siguió Thavia—. Luego, cierto día, un viejo minero, que no podía pagarse una botella de licor, me regaló una participación en su yacimiento. Un año después, se descubrió oro por valor de ciento cincuenta mil dólares… Tuve que esperar un poco, a fin de solucionar todos los asuntos legales, pero ya estoy aquí, dispuesta a quedarme…

Thavia se interrumpió repentinamente.

—¿Quiénes son ésos, Martha? —preguntó.

Disimuladamente, Jon se entreabrió el guardapolvo. Thavia palideció en el acto.

—Jon Ferr, Unity Dybac, mi ayudante —dijo el joven con voz neutra.

—¿Qué pasa? —gruñó Olson—. ¿Te buscan para algo malo, Thavia?

—Ya le dije antes que ella es un testigo importante en un crimen —exclamó Jon.

—¡Pero no le vi el rostro! —exclamó Thavia impulsivamente—. No podría identificarle aunque quisiera…

—¿Estás segura?

—Le vi golpear al pobre Molydor, con la barra de metal. Me entró un pánico espantoso y di media vuelta, para escapar. Él oyó el ruido de mis pasos y saltó hacia mí. Yo estaba loca de terror; jamás había visto una cosa semejante, tan horrible… Sangre por todas partes… —Thavia se tapó la cara con sus manos, mientras su

cuerpo era agitado por fuertes espasmos—. Él me atacó por detrás y con una mano me agarró por el cuello y con la otra me tapó la boca. Entonces…, supongo, me desmayé…

«Y se encontró repentinamente trasladada al siglo diecinueve», pensó Jon.

Olson dio un paso hacia adelante y rodeó con su brazo los hombros de Thavia.

—¿Por qué atormentan así a esta pobre muchacha? —exclamó coléricamente. —La encontramos en muy mal estado; costó semanas enteras que pudiera pronunciar una sola palabra. Por las noches, se despertaba chillando, a causa de las pesadillas que le producía el crimen… ¡Déjenla, déjenla y márchense ahora mismo de nuestra casa!

Jon se sentía muy confundido. Era imposible dudar de la veracidad de las respuestas de Thavia. Pero, si era así, el único testigo de la muerte de Molydor no aportaría nada en el juicio consiguiente.

—Siento mucho lo ocurrido —se disculpó—. No quería causarle el menor daño, se lo aseguro. Pero comprenda que estamos cumpliendo con nuestro deber.

Thavia asintió.

—Eso es cierto, Japhet —dijo, mientras se sorbía las lágrimas—. Ellos no tienen la culpa de lo ocurrido; al contrario, sólo desean hallar al asesino.

—Lo mejor será que entremos en casa —sugirió Martha—. Pondré la cafetera al fuego y así hablaremos mejor, sin tantos sobresaltos.

—Perdone, señora Olson —dijo Jon—, pero antes quiero hacerle una pregunta a Thavia.

—Dime —murmuró la joven.

—¿Quieres quedarte… «aquí»?

Thavia vaciló.

Hubo un momento de silencio. Olson emitió un gruñido.

—Si ella lo desea, no la obliguen a marcharse.

Jon permaneció callado. Martha tenía los ojos fijos en el rostro de la muchacha.

De pronto, Thavia lanzó un suspiro.

—Jon, ¿has traído vehículo? —preguntó.

—Sí. Está en el mismo sitio —contestó él significativamente.

—¿No puedes darme unas horas de plazo? Acabo de llegar…

—Tómate el tiempo que gustes —accedió Jon.

Los labios de Thavia temblaron ligeramente.

—Mañana estaré allí —aseguró.

Jon hizo un gesto de aquiescencia.

—Te esperaremos —dijo—. Señor Olson, señora Olson…

Giró sobre sus talones y echó a andar en silencio. Unity se emparejó con él calladamente.

—Jon, ¿no podríamos hacer algo para que Thavia se quedase en esta época? —dijo Unity unos cientos de metros más adelante.

—Cada uno debe vivir en la época que le corresponde, aunque como, en nuestro caso, pueda viajar al pasado. Hasta ahora, Thavia no ha hecho nada que pueda alterar las líneas del tiempo, nada de importancia, me refiero. La cosa cambiaría si se quedase.

—¿Por qué?

—Inevitablemente, acabaría casándose y tendría hijos… Serían los hijos de una mujer a la que todavía le quedaban dos mil años para nacer. Eso sí podría provocar serias alteraciones temporales y ella lo sabe muy bien, y también sabía que un día u otro, alguien acabaría por encontrarla. Los humanos somos dueños de nuestro destino y podemos modificarlo, pero sólo en una forma relativa y nunca de un modo total y absoluto.

—Ella no puede modificar el hecho de haber nacido en el siglo cuarenta y uno.

—Exactamente.

—Entonces, Jon, ahora el problema que se nos plantea es el de averiguar la identidad del asesino. ¿Se te ocurre alguna idea para conseguirlo? —preguntó Unity.

—Tendré que recurrir a un refrán casi tan viejo como el hombre o, al menos, tan viejo como la almohada —contestó él jovialmente.

Unity sonrió.

—Lo consultarás con la almohada —adivinó.

En aquel momento, Jon recordó cierta idea que se le había ocurrido días atrás. Tenía la solución «en la punta de la lengua»… pero no acertaba a pronunciar el nombre del asesino.

—Creo que conseguiré encontrar la solución —dijo.

Aquella noche, de repente, vio luz, aunque estaba en su

dormitorio y a oscuras. Despertó bruscamente y se preguntó cómo no había sabido verlo antes.

Al cabo de un rato, sonrió satisfecho y se esforzó por conciliar el sueño nuevamente. Ahora ya podía pronunciar el nombre que, desde hacía algún tiempo, «tenía en la punta de la lengua».

CAPÍTULO XII

Los cinco sospechosos se encontraban en la sala de cronomóviles, y también se hallaban allí Urban y Liggen, junto con Thavia y Unity, ésta en su calidad de Testigo Jurado. Jon, naturalmente, también se hallaba presente, y había un espectador de excepción: Hoot Zithus, Primer Coordinador.

Jon se situó en el centro. Todas las miradas estaban fijas en él.

—Excelencia, con su permiso voy a hacer un breve relato de lo ocurrido aquí el día del asesinato de Erguth Molydor. De este modo, podremos conocer la identidad, de la persona que cometió el primer homicidio en doscientos treinta y cuatro años.

—Muy bien —dijo Zithus—. Le encargué del caso y tiene plena autoridad para resolverlo. Empiece cuando guste, capitán.

—Gracias, señor.

Jon hizo una ligera pausa, antes de iniciar su discurso:

—Para conocer la verdad del caso, es imprescindible saber los motivos que impulsaron al asesino a cometer su crimen. Aparentemente, no había ningún móvil, por lo que la búsqueda de la verdad se presentaba enormemente complicada y, hasta en ocasiones, daba la sensación de que era una empresa materialmente imposible. Sin embargo, una vez conocidos los móviles, la solución es sencillísima.

»Primeramente hemos de tener en cuenta la nube roja que, desde hace casi treinta años, provoca la esterilidad en las mujeres, al desarrollar en ellas anticuerpos que destruyen los espermatozoos masculinos. Hace más de un cuarto de siglo que no se produce ningún nacimiento y, aunque la esperanza de vida en esta época supera ampliamente los ciento cincuenta años, la verdad es que, en estos momentos, sólo hay defunciones, lo que, lógicamente, es causa de la disminución de la población actual.

»Los científicos, como es de suponer, se aplicaron a la solución

del problema, pero si llegaron a conocer las causas, no alcanzaron, en cambio, a encontrar el remedio. Sólo en un caso y ello tras arduos esfuerzos, se pudo establecer la conclusión de que había una mujer que sí podría concebir un hijo.

»El error, a mi entender, fue tanto de políticos como de científicos —siguió Jon sin alterar el tono de su voz—. Siento tener que hablar así, excelencia —se dirigió a Zithus—, pero lo creo mi obligación, ya que estimo que las críticas, cuando son justas y se refieren a actos que pudieron haber tenido otro desarrollo o, simplemente, no ser realizados, deben ser hechas, sin temor a las consecuencias.

Zithus agitó una mano.

—Adelante, capitán —invitó—. En lo que a mí concierne, acepto la parte de culpa que pueda tener en el caso. Pero, por favor, díganos cuál fue el error que ha mencionado.

—Muy simple, señor: una vez se conoció que Thavia Lond podía tener hijos, se le debió asignar inmediatamente un… esposo, para decirlo con palabras rituales. En general, la salud, tanto de varones como de hembras, es excelente y no había peligro, estimo, del nacimiento de un niño subnormal.

»Ignoro si Thavia tenía preferencias por alguien, porque no lo he comentado todavía con ella, pero sí había, al menos, uno que estaba enamorado de Thavia y que deseaba ser el padre de sus hijos. Esto le habría conferido un altísimo honor y puestos preeminentes en el gobierno del planeta, aunque sólo hubiera sido a título honorífico. Pero el error de consultar a la computadora, para asignar un esposo a Thavia, fue el factor desencadenante del crimen… porque ese esposo era, precisamente, Erguth Molydor.

—Y el asesino lo sabía —dijo Zithus.

—Indudablemente, excelencia. Yo pienso que debió de venir a hablar con Molydor, para que, diciéndolo con palabras vulgares, le cediese el puesto. Todos podemos tener acceso al placer sensual que se deriva de la unión entre un hombre y una mujer, pero sólo uno podría sentir la infinita satisfacción de ser padre. Molydor se negó a la pretensión del asesino y éste, enfurecido, imagino que perdida momentáneamente la razón, lo asesinó, golpeándole la cabeza con una barra de hierro, como todos sabemos.

»Pero entonces, cuando aún no había terminado, puede decirse,

su siniestra tarea, apareció Thavia. Ella presenció los últimos instantes de la tragedia y trató de huir. El asesino se lo impidió y, para evitar ser delatado, la trasladó al siglo XIX. Lógicamente, pensaba volver en su busca algún día, pero antes tenía que hacer algo imprescindiblemente, o su crimen hubiera sido descubierto poco menos que en el acto.

»El asesino es uno de los cinco exploradores del tiempo, ya no queda la menor duda —afirmó Jon rotundamente—. He de confesar un pequeño error, sufrido al principio, y pedir disculpas a los interesados. Primero pensé en Urban y luego en Liggen, por las razones que en seguida expondré. Luego me di cuenta de que no podían ser ninguno de los dos.

—Agradezco su opinión hacia mí —dijo Liggen un tanto irónico.

—Pensar en mí como un asesino… —refunfuñó Urban.

—El capitán Ferr tenía una misión que cumplir —intervino el Primer Coordinador—. Por tanto, no se le puede reprochar nadaˆ dado que respetó las leyes en todo momento y no violó los derechos humanos de las personas de quienes sospechaba. Siga, capitán.

—Gracias, señor. Dejando aparte los atentados que he sufrido, y que no eran sino la desesperada acción de un hombre que quería evitar a toda costa el castigo adecuado a su crimen, e incluyendo el ataque de que fui objeto cuando encontré el arma homicida, debo hacer resaltar el hecho de que apenas han pasado diez días en nuestro tiempo, mientras que los exploradores temporales han estado mucho más en otras épocas. Por ejemplo, Liggen, el primero de la lista.

—Once años —declaró el aludido.

—¿Warna, número dos?

—Seis.

—¿Lowrin?

—Siete.

—¿Broubs?

—Nueve y medio.

—¿Groft?

—Tres, capitán.

—Gracias a todos —sonrió Jon—. Bien, el asesino llevó a Thavia, inconsciente, al siglo XIX, sosteniéndola en sus brazos, lógicamente, pero con un cronomóvil sobre su cuerpo. El

cronomóvil es un vehículo individual; no pueden viajar dos personas con el mismo aparato. Y el asesino dejó allí a Thavia, la cual, en su inconsciencia, motivada por el «shock» sufrido al ver asesinar a Molydor, se despojó del cronomóvil. Luego fue encontrada por unos granjeros, con quienes convivió durante un año. Posteriormente se marchó y regresó tres más tarde, pero, en el ínterin, el asesino abandona la época en que estaba explorando, y trató de encontrarla. El granjero receló de él y fue en su busca. El asesino trató de utilizar un emisor de ondas paralizantes, pero el hombre del siglo XIX le disparó un tiro de pistola y lo hirió, justo un segundo antes de que utilizara el cronomóvil para escapar, no a esta época, sino a la que le había sido asignada como explorador del tiempo. Allí es donde lo encontramos mi ayudante y yo.

—Capitán, ¿por qué no dice usted de una vez el nombre del culpable? —pidió Zithus, impaciente.

—Un momento, señor —rogó el joven—. He de aclarar antes algunos detalles, a fin de que todo quede suficientemente explicado.

»En primer lugar, cuando me enteré de que el hombre que buscaba a Thavia había sido herido, pensé en Urban, que tenía el brazo izquierdo inmóvil, a consecuencia de una luxación de muñeca. Luego, Liggen se dislocó un hombro. También me resultó sospechoso.

»Pero ninguno de los dos era el asesino. Siempre pensé que la herida causada por la bala de Japhet Olson estaba en el hombro o en el brazo, y no en una pierna, como es el caso de Buttin Groft, cosa que se puede demostrar, mediante un examen médico, que encontrará las huellas del balazo en su muslo derecho.

* * *

Todas las miradas se dirigieron inmediatamente hacia el acusado, cuyo rostro se había cubierto instantáneamente de una espantosa palidez.

La culpabilidad de Groft se hizo visible en el acto para cuantos se hallaban presentes en la estancia. Zithus hizo un ademán.

—Exponga las pruebas, capitán —invitó.

—Sí, señor. En primer lugar, debo admitir mi desconcierto, por el hecho de que cuatro de los sospechosos declarasen una misma hora, relativa al descubrimiento del crimen: las cinco y veinte de la

tarde. Pero cada uno de ellos había partido para su viaje temporal con quince minutos de diferencia. El primero que vio a Molydor muerto pudo darse cuenta de que la sangre estaba aún fresca. El cuarto tuvo que verla ya seca y negruzca.

—Así fue, en efecto —confirmó Broubs.

—El asesino quiso introducir un elemento de confusión, basándose en el hecho de que todo el que entra aquí, cuando va a emprender un viaje temporal, mira instintivamente el gran reloj de pared situado al fondo. Para ello, si situaba a un par de horas en el pasado y, cada vez que entraba un explorador, hacía retroceder el reloj, ayudándose para ello con la barra asesina, ya limpia de sangre y cabellos de la víctima. Con el extremo plano y levemente curvo, hacía presión en los mandos reguladores y cada vez que un explorador entraba, veía, lógicamente, las cinco y veinte. Sin embargo, él declaró que había visto el cadáver a las seis y media y en el vestuario, setenta minutos más tarde, y que sabía la hora, por haber mirado su reloj personal. ¿Por qué no dijo que había mirado el reloj de pared? Acaso, o mejor, sin dudas, para desviar las sospechas sobre sus manipulaciones, para pasar como un hombre puntual y cumplidor. Pero aún esto no sería suficiente para probar su culpabilidad, no es la prueba irrefutable que aceptaría cualquier tribunal y en la que se pueda basar la sentencia adecuada.

—Capitán, ¿cuál es la prueba? —preguntó Zithus ávidamente.

—Mi Testigo Jurado y yo lo encontramos tendido en el fondo de una grieta, en el siglo ochenta y uno. Dijo que se había caído, dislocándose un tobillo y que llevaba ya varios días, sin poder moverse a causa de la lesión. Esto era cierto, tenía lesionado el tobillo, pero lo hizo él mismo, saltando desde arriba deliberadamente en mala postura, para producirse la lesión.

»Había muy cerca un grupo de rocas y nosotros no pudimos ver la maniobra, aunque él sí nos vio llegar. Entonces se lanzó al fondo de la grieta y luego llamó en petición de socorro. Pero un hombre que lleva varios días en esa situación no tiene la cara completamente afeitada ni las ropas sin la menor mota de polvo, como sucedió con Groft.

Un fuerte murmullo brotó de los labios de todos los presentes. Jon se volvió y tomó algo que había encima de una mesa.

—Groft se cambió de ropa después de ser herido por Olson. Éste

es el traje que he encontrado en su armario, en el que se aprecian los dos orificios de bala causados por el proyectil que le atravesó el muslo.

Sobrevino un momento de silencio. De pronto, Groft arrancó en busca de la salida. Jon le cortó el paso y disparó su puño derecho, derribándole sin sentido en el acto.

Luego miró al Primer Coordinador.

—Lamento haber tenido que recurrir a la violencia, señor —dijo.

Zithus movió la cabeza.

—Ha sido un gesto enteramente justificado —aprobó.

* * *

Dos impasibles agentes de la Tempol condujeron al condenado hasta el siglo noventa y cinco. Una vez en aquella época, le despojaron del cronomóvil y se volvieron al siglo cuarenta y uno.

Groft quedó solo, abandonado en un planeta absolutamente desierto, a cinco mil cuatrocientos años de su época, a la que ya no podría regresar jamás.

Allí viviría solo, absolutamente solo, hasta que le llegase la hora de su muerte. Abrumado por el horror de su situación, cayó de rodillas y se puso a llorar.

* * *

—He pensado en concederle un ascenso, capitán —dijo Zithus días más tarde, mientras paseaba por el jardín, en unión de la muchacha—. A usted también, Unity, por supuesto. Han resuelto satisfactoriamente un caso muy complicado y eso se merece tina recompensa.

—De momento, excelencia, Unity y yo querríamos un mes de vacaciones —solicitó el joven.

—Concedido —respondió Zithus en el acto—. ¿Hay algo más que pueda hacer por ustedes?

—Sí, excelencia. Yo tengo que pedirle algo —exclamó Unity impulsivamente.

—Si está en mi mano, cuente con ello. ¿De qué se trata?

—Pues…

De pronto, Unity vaciló ligeramente y se llevó una mano a la

frente. Jon, alarmado, la sostuvo por la cintura.

—¿Qué te sucede? —exclamó alarmado.

Unity hizo un esfuerzo y consiguió sonreír.

—Te dije que convenía esperar unos días, para poder darte mi respuesta a cierto problema —dijo—. Bien, ya la tengo. Estoy embarazada.

—¡No! —gritó Jon.

—¡Imposible! —exclamó Zithus—. La computadora sólo encontró una mujer fértil: Thavia Lond.

—La computadora, señor —dijo Unity, lánguidamente apoyada en el hombro del joven—, sólo da respuestas a lo que se le pregunta, pero no elabora soluciones a problemas que no se le han planteado; es decir, sólo es una máquina. Y a la computadora no se le ocurrió pensar que una mujer puede concebir un hijo, si el acto de la procreación se realiza en una época fuera de la actual, es decir, sin hallarse sujeta a la nefasta influencia de la nube roja. Entonces, su organismo no elabora anticuerpos y…

Zithus tenía la boca abierta.

—Una solución tan sencilla, no se nos había ocurrido a nadie —confesó—. Entonces, habrá que planear viajes de las parejas al pasado…

—Exactamente eso es lo que quería pedirle, señor —declaró la muchacha.

—Así se hará —aseguró firmemente el Primer Coordinador. Sonrió anchamente y estrechó las manos de los dos jóvenes—. Felicidades —añadió.

—Yo quiero pedirle una cosa, señor —dijo Jon gravemente.

—¿Sí?

—Groft cometió su crimen en un arrebato de furia. Merece un castigo, indudablemente, pero no tan severo como el dictado por el tribunal que lo juzgó. Concédale el indulto dentro de unos años, por favor.

Zithus asintió.

—Lo tendré en cuenta, capitán —respondió.

Hizo una corta pausa y agregó:

—Por supuesto, me permitirán ver al niño apenas haya nacido. ¡Hace tanto tiempo que no sucede nada semejante! —suspiró.

Jon sonrió, dichoso.

—Es una petición muy razonable, excelencia —contestó.

Cerró los ojos un instante. Ya no había peligro de despoblación del planeta. Se realizarían viajes de bodas al pasado, volverían a producirse nacimientos; de nuevo se oirían gritos de júbilo y risas infantiles…

Y algunos de esos niños serían suyos y de Unity.

La muchacha se irguió.

—Jon, creo que deberíamos dar comienzo a nuestras vacaciones —propuso.

—Sí, ahora mismo —dijo él.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.